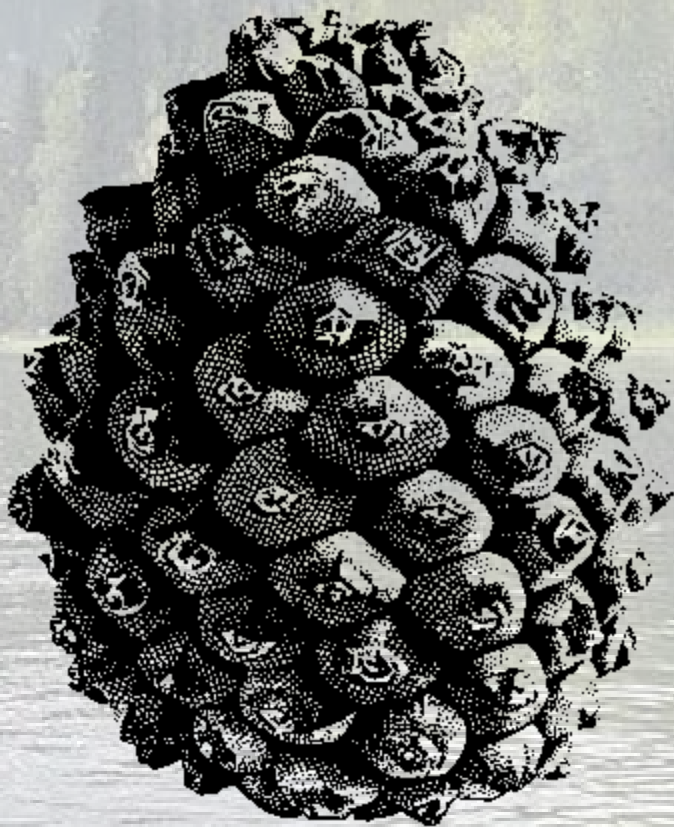


verano 2024

***Cuadernos de  
Encuentro***

157



# EN ESTE NÚMERO

	<u>Pág.</u>
<b>Testigos presenciales,</b> Luis Buceta Facorro .....	3
<b>Un gran poeta socialista poco conocido: Julián Andúgar,</b> Fernando Suárez González .....	6
<b>Fango,</b> Emilio Álvarez Frías .....	19
<b>El asombroso orden de la creación y el ser humano,</b> Andrés Serrano Paradinas .....	22
<b>Psicología del adulterio en tres novelas de Pérez Galdós,</b> Ricardo Martínez Cañas .....	29
<b>El liberalismo según el Padre Castellani,</b> R.P. Dr. Javier Olivera Ravasi, SE .....	46
<b>El dilema de la IA,</b> José María Méndez .....	57
<b>Derecho preventivo: ingresos en residencias de mayores, irregularidades, control judicial,</b> M <sup>a</sup> del Carmen Meléndez Arias .....	60
<b>¿Dales caña, Marco Tulio! (o «entre gochos anda el juego...»),</b> Antón Parrés de San Martín .....	64
<b>Reseña de Libros .....</b>	66



## ***Cuadernos de Encuentro***

2ª ÉPOCA

Nº 157 - Verano 2024

EDITA:

CLUB DE OPINIÓN ENCUENTROS

C/. Santovenia, 19

28008-MADRID

secretaria.encuentros@yahoo.es

DIRECTOR

Emilio Álvarez Frías

JUNTA DE GOBIERNO:

PRESIDENTE

Luis Fernando de la Sota Salazar

VICEPRESIDENTE

Antón Riestra Pita

SECRETARIO GENERAL

Fausto Heras Marcos

TESORERO

Gerardo Hernández Rodríguez

VOCALES

Luis Buceta Facorro

Fernando Cadalso Preciado

José Manuel Carabaña Ortega

Gonzalo Fernández Suárez de Deza

Carlos Giménez de la Cuadra

Adolfo Iranzo González

Jesús Martínez Martínez

Fernando Ortíz Monteoliva

CONSEJO ASESOR

Antonio Diosdado Serrano

Dalmacio Negro Pavón

Luis Suárez Fernández

Impreso en Artes Gráficas DEAN, s.a.

Depósito Legal: M-13837-1988

El **Club de Opinión Encuentros**, a través de actividades relacionadas con la cultura y el pensamiento, aspira a contribuir a la formación de una corriente regeneradora en España acorde con los tiempos actuales. Siendo un Club con vocación de «encuentro» de los españoles, admite en las páginas de sus publicaciones, en sus tertulias y conferencias, los juicios de cuantos se encuentran en esta línea, sin que ello suponga asumir las distintas opiniones.

# TESTIGOS PRESENCIALES

**LUIS BUCETA FACORRO**

Catedrático. Universidad Complutense de Madrid y de la Pontificia de Salamanca

**1.** Toda persona es protagonista de su propia vida, pero además es testigo presencial de la época que le ha tocado vivir. Naturalmente, desde mis noventa y seis años, nací en 1928, es evidente que mi periplo histórico abarca desde ráfagas de recuerdos de la Segunda República, la Guerra Civil y el Régimen de Francisco Franco hasta el presente, en que, según mis hijos, estoy disfrutando de una prórroga, de lo cual me alegro, aunque implique momentos graves y distorsionados para los que, como yo, creen y sienten España y sus muchas posibilidades en el acerbo mundial. Quiero aclarar que cuando hablo de testigos presenciales me refiero a los que lo han sido durante los últimos ochenta años de España y del mundo. Necesariamente, dentro y durante el régimen de Franco y su Transición a la democracia y el reinado de Juan Carlos I y su hijo Felipe VI. Somos cada vez menos los que hemos sido testigos presenciales, pues la vida transcurre inexorablemente y las generaciones desaparecen para ser sustituidas por las nuevas, que cada vez sienten más lejano el pasado y sólo pueden juzgarlo a través de lo que le dicen e interpretan sus coetáneos. Todo lo dicho viene al caso no por mi periplo personal, pero sí por el dolor que me causa el ver desaparecer continuamente entrañables personas que realmente representan un ejemplo de amistad y de quehacer público en la ilusión de una España unida, en concordia y respeto entre todos los españoles, con esfuerzo durante todos estos años de trabajo y comprensión con hechos reales y no con falsas e interesadas memorias históricas llenas de sectarismos y manipulaciones.

**2.** Junto a otras muchas dolorosas pérdidas, en este mes de Abril de 2024, acabamos de perder a Fernando Suárez González, catedrático de Derecho del Trabajo y con una vida pública ejemplar que abarca desde el SEU en su Universidad de Oviedo, sus pasos por la Delegación de Juventudes, de Director del Colegio Mayor Diego de Covarrubias, Procurador en Cortes, Ministro del último gobierno de Franco, protagonista principal de la Transición mediante la defensa de la Ley para la Reforma Política, Eurodiputado y protagonista de la evolución del PP y la derecha española. Intelectualmente, en estos últimos años ha desarrollado una meritoria labor como miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Una amplia biografía a la que hay que añadir, con carácter más doméstico, que era miembro de nuestro *Club de Encuentros*, en cuya revista participaba con jugosos y acertados artículos y, en nuestras conferencias mensuales intervenía en los coloquios con su mesura, ponderación y claridad, puntualizando aquellos aspectos que consideraba que podrían llevar a una errónea interpretación de los hechos. Dentro del dolor y tristeza por su pérdida, tenemos la inmensa suerte de que nos ha dejado unas memorias como *Testigo Presencial*, que así las tituló y que llegó a ver publicadas en otoño de 2023. Esta es la razón del título de este artículo, pues, efectivamente fueron muchos y quedamos algunos testigos presenciales, que con nuestro entusiasmo y esfuerzo



*Fernando Suárez González*

servimos en pro de la reconstrucción de España, después de una Guerra Civil y una Segunda Guerra Mundial que asoló Europa y parte del mundo.

**3.** En un volumen de 894 páginas, no solo nos presenta una autobiografía, si no, y muy importante, un auténtico y documentado relato histórico y ensayo político, en el que Fernando Suárez desde sus distintas y privilegiadas atalayas, transmite como testigo presencial, los principales acontecimientos de la época, con la afirmación de que, como señala en el prólogo, «prácticamente todo lo que he escrito se puede demostrar con documentos». Efectivamente, este testimonio personal amplio y documentado en los hechos más destacados, representa un auténtico tratado de historia que nos ha dejado para el conocimiento y expresión real de una época y de las personas que de buena fe la han protagonizado. Por cierto, puedo señalar que alguna editorial rechazó su publicación por considerarla comprometida y constituye una realidad gracias a las gestiones de nuestro gran amigo Enrique Múgica Urquia, jubilado profesor de la Universidad Complutense y dueño de la librería Emilio Castelar. Este magnífico tratado de una gran época histórica refleja, desde su prólogo, la evidente intención de «aportar a la comunidad factores de concordia y no de discordia». Como él mismo señala, la mitad de su vida transcurre durante el régimen de Franco cuya historia se está escribiendo subrayando los aspectos más negativos de aquella época, «eludiendo cualquier referencia a cuantos contribuyeron con sus demasías a hacerla inevitable y hasta a que la deseara y respaldara más de media España». No es su propósito, como sigue diciendo Fernando en el prólogo, «hacer la apología de un sistema político que me dieron hecho y que contribuí con algún protagonismo a transformar en democracia, aunque depauperada y defectuosa». Su intento es relatar su experiencia sin desfiguraciones ni mentiras. Su intención más intensa fue: «cuando llegaron los partidos políticos, tratar que el de la derecha fuera para siempre un partido verdaderamente democrático»,

pero confiesa que su deseo constituyó «uno de sus más notorios fracasos». Otro de sus objetivos principales, es contar lo que ha visto y vivido pensando en todo lo que le van a relatar a sus nietos y siguientes descendientes. Así lo expresa con meridiana claridad: «Como de ninguna manera deseo que les llenen la cabeza de exageraciones y simplezas, quiero que conozcan la verdad de cuanto dije e hice en mi concreta circunstancia de español nacido en 1933».

**4.** Considero que esta intención de Fernando Suárez la han tenido todos los testigos presenciales que han sido y vivos que seguimos escribiendo: Dejar testimonio fehaciente de nuestra época histórica y, especialmente del régimen de Franco, ya que como Fernando nos señala «a medida que se simplifica y empedernece la historia del régimen de Franco, cuantos participamos en él corremos el riesgo de aparecer en el futuro como colaboradores de una cruel dictadura que acabó con la feliz democracia de la segunda República y que durante cuarenta años impidió a los españoles el disfrute de la libertad». No se trata de defender el régimen de Franco, pues considero que se defiende suficientemente sólo por sus hechos y resultado final. Su dimensión histórica y su legado, evidentemente positivo para España, deben estar en manos de los historiadores y, personalmente, creo y auguro que lo estará cada vez con más intensidad y profundidad, por lo que, como Fernando, nos corresponde señalar que fuimos espíritus libres y críticos, que nunca estuvimos en la clandestinidad ni actuamos fuera de la ley, sino que buscamos un proceso de perfeccionamiento desde el sistema, leales a la confianza en el jefe del Estado Francisco Franco. Este esfuerzo y el cambio progresivo es lo que hizo posible la Transición que con tanto acierto describe Fernando Suárez testigo presencial y protagonista de la misma. Fernando Suárez ha sido un referente de trabajo, espíritu libre y crítico, dentro de la lealtad y coherencia en su hacer político. Considero que este ha sido el espíritu y la actitud vital de todos los testigos presenciales que han sido y somos. No fuimos sumisos ni sometidos, mantuvimos nuestro pensamiento libre y crítico y, por si alguien lo duda, como ejemplo, señalo que en la Pascua de Reyes de 1973 hay un documento dirigido al jefe del Estado, que 39 testigos y protagonistas firmamos. Se consideró por la prensa y sus comentarios como una petición a favor de la convivencia, el diálogo y la apertura dentro de las leyes fundamentales. Los nombres de los firmantes y su fotografía fueron publicados de forma destacada por el periódico *ABC* con el texto completo del escrito. Ninguno de nosotros ni el periódico recibió ningún tipo de rechazo e intimidación por parte del gobierno.

Los que hemos podido disfrutar y compartimos con Fernando las tertulias semanales de Federico Sánchez Aguilar en el restaurante Ferreiro, hemos sentido y constatamos su hombría de bien, su ponderación, equilibrio y buen decir y hacer. Lo mismo hizo en nuestro *Club de Encuentros* y en todos los 29 de Octubre que hemos compartido.

Agradecemos a Jesucristo, «Dios visible del Dios invisible» (Ratzinger) el haberte conocido. Que Dios, cuya cristiana esperanza siempre manifestaste, te haya acogido y recompensado tu permanente búsqueda y defensa de la Verdad. ●

# UN GRAN POETA SOCIALISTA POCO CONOCIDO: JULIÁN ANDÚGAR

**FERNANDO SUAREZ GONZÁLEZ**

(1933-29.04.2024) Académico de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

Pues que de encuentros se trata, me gustaría encontrarme en estas páginas con un amigo de juventud a quien considero un poco conocido pero buen poeta socialista. Vivimos, lamentablemente, tiempos de sectarismo y de parcialidad en que demasiadas gentes se ocupan de dividir a los nuestros y a los otros, a los propios y a los ajenos y, en definitiva, a los amigos y a los enemigos.

Parece como si la consigna fuera potenciar al máximo lo que está en nuestra línea y ocultar, difuminar o ignorar lo que procede de otras instancias, por muy valioso que sea. Hay tantos testimonios de esto que digo que no necesito argumentar con ejemplos. Pero mi generación creció en un ambiente bien diverso, y por eso he pensado siempre que tenemos una deuda impagable con Pedro Laín Entralgo, cuyo afán superador de la escisión cultural de los españoles y, consecuentemente del problema de las dos Españas, le hizo escribir páginas memorables, de las que yo siempre recordaré ésta: «En la España a que yo aspiro pueden y deben convivir amistosamente Cajal y Juan Belmonte, la herencia de San Ignacio y la estimación de Unamuno, el pensamiento de Santo Tomás y el de Ortega, la teología del padre Arintero y la poesía de Antonio Machado; y para salir al paso de los simples, los perezosos y los terroristas..., me esforzaré por demostrar con el hecho de mi vida y con la letra de mi obra la indudable fecundidad de tener tan varia y egregiamente poblada el alma».

Siendo el pluralismo elemento indispensable de la riqueza de cualquier sociedad, y siendo la diversidad «sirena del mundo», como cantó D'Annunzio, por muy firme que cada uno sea en la defensa de sus principios y convicciones, no puede dejar de admirar cuanto de valioso produzcan los demás. De ahí que no deba extrañar a nadie que, desde mi propia significación y desde mi propia historia, hable hoy de un poeta socialista y empiece por calificarlo de grande. Quiere ser esta una modesta contribución a la mejor convivencia de los españoles, que tantos prejuicios tenemos que derribar y que con tanto empeño debemos combatir a los especialistas en la construcción de barreras.

Julián Andúgar nació en el año 1917 en el pueblo murciano llamado Santomera. Como Santomera está muy cerca de la ciudad alicantina de Orihuela, en esa zona en la que se funden las huertas de Alicante y Murcia, la figura de Andúgar evoca, inevitablemente, la del gran poeta de Orihuela Miguel Hernández, nacido diez años antes y con el que tiene muchas coincidencias. Vicente Mojica ha subrayado que ambos vivieron su infancia en familias labradoras, que tuvieron seria formación religiosa, que en sus obras hay numerosas coincidencias temáticas y que en la guerra civil los dos se alinearon con el bando republicano.

No es mi propósito, sin embargo, seguir ese paralelismo, sino hablar de Julián Andúgar, cuya infancia en la huerta murciana está reflejada en muchos de sus poemas. Quien conozca Murcia entenderá mejor esta visión del hogar en el que el poeta vivió su niñez:

### INTERIOR

Te nombro, padre,  
y, con el alba, vienes.

Con tus grandes manos,  
con tus manos  
de hombre y de hierba,  
atraviesas la casa con el alba.

Y la llenas de verde mi casa.

Y se va iluminando,  
con tus manos de hierba,  
mi casa.

Y se van incendiando,  
con tus ojos de hierba  
oh, el más limpio hortelano,  
abrasando te veo,  
con tus hombros de hierba,  
las sombras que aún se acogen  
a los platos azules  
a los morenos cobres,  
cuando, tú, te levantas con el alba

Ahí tenéis a mi padre  
quemándome la casa  
con el alba.

Mostrándome el color  
de las humildes cosas,  
y el apagado rojo  
de las frescas tinajas,  
y la cal de los muros.

Porque, tú, con el alba,  
paseas por la casa  
y te entretienes  
contemplando los viejos lebrillos,

y las fuentes de barro,  
y las tazas,  
donde se muestran ramos  
o caballos

o nombres caprichosos  
o, simplemente, rayas  
de colores vivísimos.

Y te vuelves, cariñoso,  
al laberinto de hojas y de flores  
de la blanca cortina  
de encaje de bolillo,  
que divide la casa,  
y la viste,  
y la deja tan decente,  
cuando tú abres las puertas  
con el alba.

Y luego es el dorarse de tus manos  
cuando mi madre pone  
el pan sobre la mesa  
(y mira ensimismada  
las grandes manos de oro);  
y el oro va subiendo  
por tus brazos de hierba  
por tu pecho de hierba  
y, hermoso,  
el pecho espléndido  
se te llena de oro  
y asciende  
a tu cuello de hierba  
y reverbera, dulce, en tu mejilla,  
cuando tomas el pan  
con tus manos de oro y de hierba  
con el alba.

Y de oro  
y de hierba,  
te bajas a las huertas  
con el alba;  
y te marchas  
oyendo a mi madre  
llamar a mis hermanas  
por las salas;  
y te alejas

oyendo a mis hermanas  
y a mi madre  
cantar por las salas.

Y yo, niño, me vuelvo  
y me paso los sueños a otro lado,

porque has puesto tu mano de oro,  
y de hierba,  
y de hombre,  
en mi cabeza cuando ibas  
a las huertas con el alba.

(De *Denuncio por escrito*, Ediciones Ágora, Madrid, 1957)

En 1929, cuando Julián tiene 12 años, ingresó en el seminario que tenían en Cehegin los padres franciscanos, bajo cuya dirección realizó estudios religiosos en los conventos de Lorca, de Luz, de la Virgen de la Fuensanta y de Santa Catarina de Monte. Son siete años de formación franciscana, hasta que en 1936 estalla la guerra civil. Andúgar, como tantos otros seminaristas, tiene que ocultarse para no ser víctima de la persecución antirreligiosa que se desata en aquellos trágicos momentos y se esconde en Santomera. Cuenta Vicente Mojica, que el 5 de agosto de 1936 Julián y dos de sus amigos —uno sobrino del cura— son detenidos por unos milicianos que iban buscando precisamente al cura del pueblo y fue la llegada providencial del alcalde la que salvó al sacerdote y liberó a los tres muchachos.

Como en el pueblo era bien conocida la vocación religiosa de Julián, su situación resultaba sumamente inquietante para la familia y un primo hermano suyo, Antonio Jiménez, que era el Presidente de las Juventudes Socialistas Unificadas de Santomera, le ofreció la solución de integrarse en el partido y de incorporarse como voluntario al ejército republicano.

En él, realiza un curso de teniente, asciende enseguida a capitán, resulta herido en la pierna izquierda, que tiene que ser amputada, y termina la guerra vencido y mutilado. Encarcelado en Murcia, permanece año y medio en prisión. A esta dolorosa experiencia se referirá en uno de sus libros de diez o doce años después, en el que glosa *La soledad y el encuentro*, a través de una serie de sonetos referidos a la soledad de la cárcel y al encuentro con la calle, con la noche, con el perro, con la lluvia, con la mujer, con el mar, con los pájaros o con la poesía, soneto este último, por cierto, dedicado a Jaime Campmany.

A mí me ha parecido siempre expresiva y brillante esta descripción de la cárcel no citada:

### ESTABAMOS ALLÍ;

Sencillamente estábamos formando un solo cuerpo  
con la segura mole de ladrillo  
que, gracias a nosotros, disfrutaba de un nombre.  
Un aire de tristeza comenzaba  
desde el cuerpo de guardia para adentro;  
trepaba aquellos lirios  
que el director tenía en su ventana,  
y avanza seguro como un brazo  
hasta cuajar en tedio en el patio tercero.





O esta «Rogativa por el que se queda» con la que cierra los *Poemas de la soledad*, sugiriendo que la libertad de un preso se produzca cuando duermen los demás:

### ROGATIVA POR EL QUE SE QUEDA

CUANDO todos durmieran,  
 si;  
 cuando comprobara que ya todos dormían,  
 entonces, penseroso señor Director, sería la ocasión,  
 ya sabe dónde voy,  
 de despertar a un hombre a las estrellas,  
 a los pequeños, desorbitados ruidos de la noche,  
 y libre como antes,  
 solo,  
 hacer que se adentrara por ella, y recurriera  
 al canto y que llegara cantando hasta su casa.  
 Sería un novio más que de rondar volviera  
 y cuyo corazón de puro gozo estalla  
 cantando, sin medida, en medio de la noche;  
 sería, Director,  
 realidad el sueño que soñaba.  
 Y así no sufriría el que se queda  
 (yo de esto puedo hablar),  
 —¿quién dice que es envidia?—

Esta humana tristeza que momentáneamente  
aplana o enfurece,  
cuando algún subalterno, en pleno día,  
grita la libertad de alguno de nosotros.  
Esto puede evitarse, señor acostumbrado a la sorpresa,  
viniendo a media noche,  
rozando a media noche el brazo perdonado.

Porque el sueño desata,  
y a esa hora cada cual ya duerme con los suyos.

Cuando Julián Andúgar sale de la cárcel ya no quiere recuperar los interrumpidos estudios, pero tampoco tiene una profesión que le permita subsistir y acude a Elche, donde vive una hermana suya y donde recibe la decisiva ayuda de Vicente Ramos, un joven profesor de bachillerato que le ofrece lo único que puede ofrecerle y que son unas clases de griego.

Vicente Ramos es un animador intelectual en Alicante y publica revistas de poesía y cuadernos literarios como *Intimidación poética*, *Sigüenza* o *Verbo*. Hacia 1945 encontramos, precisamente en *Sigüenza*, los primeros poemas que publica Julián Andúgar, que en 1949 —en una colección que también surge en Alicante por iniciativa de Vicente Ramos— alumbra su primer libro: *Entre la piedra y Dios*.

Con fuerte influencia de Miguel Hernández, este libro contiene veinte excelentes sonetos y siete poemas en verso libre, dominados por la presencia de lo religioso. La formación del poeta, que en sus años de Seminario aprendió de memoria el *Cantar de los Cantares*, y a Fray Luis de León, y a San Juan de la Cruz, se trasluce en este libro, que produce en la España literaria de 1949 una gran impresión. El poeta asturiano José García Nieto pudo escribir en su prólogo lo siguiente: «La conformidad cristiana del poeta, su auténtica e insobornable religiosidad, le hacen acercarse con más entrañable amor a las crecidas gracias de la tierra, señal siempre de la infinita potestad. El árbol o el monte serán en la canción “continuador de Dios, oh brazo hermoso” o “gesto de Dios, espera indescifrable”. Aquí el verso se hace ya palanca definitiva que mueve en la tierra el orden divino, puente seguro hacia el Dios elector y artífice de todo lo existente. El poeta religioso, ordenado y “conforme” que hay en Andúgar —concluye García Nieto— nos parece una de las actitudes más claras y limpias de la poesía española contemporánea».

He seleccionado, de este libro, un soneto bellísimo, fragmentos de su «Oración de los pobres» y algún trozo de poema «Ante el recuerdo de Miguel Hernández». El soneto se titula «Anunciación de la madre» y dice así:

Te entregaste al amor y se ha combado  
tu vientre, tu levísima cintura;  
oh, redondez de formas que asegura  
el giro fiel del mundo en tu costado.

Por someterte, amor ha prolongado  
el río de tu vida, tu estatura;  
de madres que ya han muerto, la dulzura  
por tus senos su mano ha levantado.

Oh, tierra laborada, donde canta  
su canción más esbelta y delicada  
este mundo a tu vientre sometido.

Sólo la fuerza del amor aguanta  
esta raíz tan honda y extremada,  
que a una doncella en madre ha convertido.

La «Oración por los pobres» sintetiza, en mi opinión, dos características de la personalidad poética de Andúgar: El ya aludido sentimiento religioso —en el que resuenan el sermón de la montaña y las bienaventuranzas— y la sensibilidad social que caracteriza también toda su obra, a la que volveremos a aludir:

OSCUROS y flexibles,  
fáciles a la entrega,  
como un tallo florido de retama,  
son vuestros cuerpos,  
es vuestra estirpe, oh pobres.

Estáis como estas flores:  
desparramados, sueltos por todos los caminos.

Pero nadie pronuncia vuestro nombre.

El corazón, la sangre, olvidan fácilmente.

Pero tenéis al monte por testigo;  
la voz del mar repite, apresuradamente,  
que heredaréis la tierra.

Oh, sácialos, Señor,  
Pues solo ellos te nombran, te convocan.

Son cortos sus deseos;  
sus bocas tan pequeñas,  
que sólo un gesto, un alargar la mano  
o un poco de pan, las llena y las contenta.

Con esta voz, oh Dios,  
con esta pobre voz que Tú me has dado,  
mejor quisiera espada  
o luminoso rayo,  
clamo por esas bocas, siempre mudas;  
por la sal que satura sus venas;  
por lo que puede el peso del camino;  
y para que se cumpla  
lo que de ellos dijiste en la montaña.

El recuerdo de Miguel Hernández está en la línea de la elegía que el propio Miguel compuso cuando se le murió, como del rayo, aquel Ramón Sijé, con quien tanto quería:

Y yo, aún de pie, y tú, lleno de muerte,  
rodeado de silencio, tedio y nada,  
yo que esperaba, amigo, el mes de marzo  
para oírte cantar bajo la hierba.

Bajo la tierna hierba que te niega,  
porque la grama está justificando  
que el agua te penetra dulcemente,  
y una a una levanta tus costillas;  
que el agua te destruye, y las hormigas  
han hecho de tu boca su granero,  
y que todo tu cuerpo está en desorden  
como una casa en día de difunto.

.....

Yo quiero que se acerquen hasta el linde  
de esta heredad que nadie te disputa,  
y que vean lo que has aventajado  
en las últimas cinco primaveras.  
Yo quiero que se acerquen y que vean  
lo abierto y lo seguro que te entregas  
sin puertas ni ventanas —como un árbol—  
al indecible miedo de los pájaros.

Tengo el presentimiento, amigo mío,  
—tan maduro te tengo y convencido—  
que si una leve voz, una palabra  
milagrosa, precisa, me saltara,  
de golpe surgirías a mis ojos  
limpio y de gran riqueza, como un fruto,  
o lleno de misterio como una ola.

Pero he de conformarme con pensarte  
cargado de amenaza y pesadumbre  
en el odiado día de tu muerte.

El sentimiento religioso que García Nieto detecta en «Entre la piedra y Dios» se mantiene en libros posteriores, a veces con acentos unamunianos. De «La soledad y el encuentro» en este «Aviso a Dios»:

Si estuviera conforme, si estuviera  
cierto de mí como la pura roca,  
no rozaría el viento más mi boca  
y me iría callando donde fuera.

Pero no estoy conforme, ni siquiera  
medianamente alegre, en lo que toca  
a saber por qué parte desemboca  
una hilera de llanto y otra hilera.

Te busco, Dios, te busco honradamente,  
piensa lo que es un hombre y, luego, piensa  
si es razonable que te ocultes tanto.

Mira que das el tiempo escasamente  
para mirar la vida aquí indefensa  
y no está bien que me lo pase en llanto.

Y en «Denuncio por escrito» insistirá en esa búsqueda:

A tientas busco, a tropezón seguro  
por la niebla de Dios hallar salida.



*¿Cómo te diría que me duele...?*

Como la vida española de los años cuarenta y cincuenta está repleta de paradojas que difícilmente pueden entender quienes en sus afanes simplificados desearían rectificar la historia y reescribirla convirtiéndola en una película de buenos y malos —aunque naturalmente, los buenos y los malos no sean los mismos para todos— ese Vicente Ramos que ayuda al capitán socialista del ejército republicano será Diputado del Grupo Popular en las Cortes de 1982 y —para que las paradojas resulten más que sorprendentes— Julián Andúgar con sus antecedentes políticos y penales, se presenta a las oposiciones para Oficial de la Administración de Justicia y obtiene una de las plazas. Destinado a Alicante y después a Valencia, hacia 1955 se instala en Madrid como oficial de la Audiencia.

Recuerdo muy bien que durante el curso 1956-57, en que yo dirigí el Colegio Mayor «Santa María», que era un Colegio Mayor del SEU en Madrid, Julián Andúgar apareció por allí de la mano de otros poetas murcianos, como Salvador Jiménez o Jaime Campmany, asiduos participantes en nuestras tertulias y coloquios.

Ya había obtenido en 1951 un accesit al Premio Adonais de poesía, que patrocinaba el Instituto de Cultura Hispánica y el Servicio de Extensión Cultural y en 1956 el premio «Gibraltar» que otorgaba la Revista *Juventud*, del Frente de Juventudes, a través de un Jurado en el que estaban, entre otros, Jesús López Cancio, Jesús Frago del Toro o Rafael García Serrano. Creo poder decir, sin faltar a la verdad, que en la vida política de aquellos años estaba reservado el derecho de admisión y se exigía adhesiones que no todo el mundo estaba en condiciones de aceptar, pero en la vida cultural y en la realidad social se había avanzado mucho en la reconciliación, en esa reconciliación en que estamos ahora insensatamente retrocediendo.

Entre 1955 y 1960 publica Julián Andúgar otros dos libros fundamentales: *Denuncia por escrito* y *A bordo de España*. Años después, aparecería también el *Cancionero del sitiado*, pero es en esos dos libros —sobre todo en el primero— donde culminan, junto a ese compromiso social ya aludido, —Andúgar es lo que en aquellos años se llamaba un poeta social— otras dos características de su poesía: Su patriótico amor a España y su crítica política, en la medida en que las circunstancias de la época la permitían, pero agotando desde luego —como hizo Buero Vallejo en el campo teatral— los márgenes de la libertad.

El testimonio más rotundo de la poesía social de Julián Andúgar es, sin duda, el «Informe abierto al campo», que es precisamente el que obtiene el Premio «Gibraltar» al que me acabo de referir y del que ha dicho Sánchez Granados que es «un emotivo alegato dirigido a quienes abandonan su casa campesina, o huertana, que se dice en Murcia, para marcharse a la gran ciudad. Suscrita esta composición en el tópico horaciano del beatus ille, posteriormente denominado, andando el siglo XVIII, menosprecio de coste y alabanza de aldea, plantea el contraste entre el idílico sentir campesino, presentado como lugar ideal de vida, propiciador de la tranquilidad de ánimo y la ausencia de pasiones, frente al turbión de la ciudad, lugar de controversia, residencia de pasiones nefastas y conculcador de la inocencia primitiva del hombre». Andúgar «pronostica, para el evadido del lugar idílico de la huerta un porvenir mecanizado y alienante»<sup>1</sup>.

Aunque no sea breve, merece la pena conocer el poema en su integridad:

### INFORME ABIERTO AL CAMPO

Cómo me duele.

¿Cómo yo te diría que me duele,  
creciente de la espiga y el caballo,  
que cierres tú también  
la puerta de tu casa?

¿Qué confusión te manda

echar la llave al pozo  
y que te vayas?

He dicho confusión.

Mantengo la palabra.

Rompe el salvoconducto.

<sup>1</sup> *La emigración en la literatura murciana*, IES José Ibáñez Martín, Lorca, 2001.

Tu libertad comienza,  
donde tus manos rasgan.

Vuelve a ponerte  
el pantalón de pana.

Aguanta y come campo  
que te comes lo tuyo  
—que valga la palabra—  
que te comes a España.

Mira, si no, el color  
que te traes por a cara.

El campo, digo España,  
rinda cuentas  
mejor de lo soñadas.

Espera, esto es un viento  
igual que el que revuelca la cebada.

La hoz lo arregla todo,  
y otro viento se encarga  
de separar el grano de la paja.

Si tú también te pierdes  
por esquinas,  
anuncios luminosos,  
¿dónde hallar el romero,  
el vino generoso  
al desmayo de España?

Aquí no puedes ir  
al río por el gozo  
de ver correr el agua.

La hoz no cuenta nada  
ni palabras contratan,  
y el aire de una plaza  
se lo traga tu pecho  
en una tragantada.

No vengas, no te acerques.

Prostitutas, maricas,  
olfatean  
tu intenso olor a alfalfa.

Presérvate  
que tu sal la precisan  
otras más hondas llagas.

Por tres veces,  
no vengas.

Tus bolsillos de pan  
se llenarán, bien pronto,  
de impecables tarjetas y de cartas  
—impecables, qué gracia—,  
que romperán las ramas de tu espera  
de árbol frutal,  
de hombre de palabra.

Enemigo te harán,  
modelo de la risa y la esperanza.

Entre pecho y camisa  
—verdadero de hojas y semillas—,  
meterán la serpiente  
de la desconfianza,  
y ya no tirarás  
el trigo en el otoño  
por segar en San Juan.

Y, después, ya lo sabes:

Puedes cerrar, si quieres, la ventana.

Turnos y prisas,  
horas extraordinarias,  
y unos hombres que saben el secreto  
de hacer de sus obreros  
pasto para sus máquinas.

Pensiones de escaleras,  
con olor a crucíferas, te aguardan,  
luego que hayas cambiado  
la pana por el «mono»,  
la tierra por la borra,  
el agua por la grasa.

Imperativo un hombre:

—Que no pare esa máquina.

Tu corazón de pan  
resbalará entre hierros y bancadas.

Querrás gritar:

¡Mi corazón!

Trapos regenerados,  
mercados, alzas, bajas,  
se lo cambian.

—He dicho que silencio.

La máquina, la máquina,  
la máquina, la máquina.

¡Y te querrás morir!  
(la máquina, la máquina),  
porque los hombres,  
(la máquina, la máquina),  
porque las hoces, ¿sabes?,  
aquí no arreglan nada.

Te informo igual, amigo,  
que si hubiera  
de morirme mañana.

¿Acaso fue la guerra un viento  
que, sin memoria, rompe y pasa;  
tiro que enciende la taberna  
que con echar vino se apaga?  
Giro la cara, retrocedo:  
Ríos de cólera bajaban.  
Agriaron el vino, enmohecieron  
el pan, por mesones, tinajas.  
Arrastraron al carretero,  
al cura, al maestro, al que labra.  
Un poco de angustia sin suelo.  
Vimos a España apuñalada.

.....

Juro que lo que digo es cierto:  
que salimos de nuestras casas  
guiado de un sagrado fuego.  
Atamos caballos y cabras,  
y dimos a padre el dinero.  
Quien nos hablaba se quemaba  
¿Cómo olvidar, oh nunca, aquello  
que cerró la paz su ventana,  
quitó al amigo el compañero?  
¿Se dan por perdidas las cuadras,  
las crías, se arrumban aperos  
por dos años largos? ¿Se matan  
se olvidan muchachas, recuerdos?  
¿Se quedan los besos en cartas  
y pierde mi hermano pequeño  
de ir a la escuela? ¿Se gastan  
los ojos tras un parapeto,  
se acecha a un soldado que canta  
y muere, cantando, para esto?  
Me muerdo los puños de rabia.  
¿Se vive el papel de los muertos  
así, porque sí, para nada?  
Me sube a la lengua el desprecio  
.....  
Maldita la guerra y su estampa.

Recuerdo muy bien nuestras conversaciones de aquellos años sobre la absoluta necesidad de que nunca más se repitieran en España los trágicos acontecimientos que hubo de vivir su generación; la absoluta necesidad de que todos los problemas, por graves que fueran, se resolvieran hablando

«Por convivir escribo.  
Bien sabe Dios que quiero  
dialogar con quien vivo»

y la conveniencia de que el orden, la paz y el desarrollo se complementaran de manera creciente con ámbitos mayores de libertad.

El amor a España de Julián Andúgar es amor a su paisaje, a su realidad geográfica, a sus habitantes, a su historia. No puedo reproducir todo lo que demuestra estas palabras mías, pero ved si no tiene un sentido prácticamente físico este tierno poema sobre el color de España:



**LABRADOR,**

por Valencia, a las siete,  
sale el sol.

Di, labrador que labras,  
¿qué color,  
a las siete,  
tiene España?

—Naranja.

Niños,  
por Cádiz, a las doce,  
por terrazas judías,  
trina el sol.

Los que me hagan novillos,  
que suban a la torre  
y me digan  
de España su color.

Niños, las doce son:  
¿Qué color?

—Maduro limón

Pastor,

me dice el almanaque  
que, por Ciudad Rodrigo,  
a las seis de la tarde,  
se va el sol.

Quédate en la montaña, pastor,  
y dime qué color  
a esa hora tiene España.

—Naranja

Pescador,  
con la luna, a las once,  
te haces al mar de Dios.

Dime, desde tu barca,  
¿qué color tiene España,  
pescador?

—Color limón

Naranja y limón.  
Naranja y limón.

Colores de comerse  
dice el niño que son.

Pero ese amor a España es amor de perfección y, por tanto, de crítica de las man-  
quedades y de exigencia a sus compatriotas de que o se resignen ante las carencias, de  
que no guarden silencio ante las injusticias:

Con España me acuesto y me levanto  
(si alguien dice con Dios también lo digo);  
busco un hombre formal para testigo,  
que abone mi denuncia en todo y cuanto

cierto y preciso fuera, que no es tanto  
dejar la piel, los ojos, si consigo  
a España recobrar ganando amigo,  
a más del gozo que vendrá de canto.

De aquí, de allá, de mares por en medio,  
velad, gritad, pedid sumariamente,  
cada uno es demandante y da la cara.

Que ya estoy hasta aquí de tanto tedio,  
de que hombres como picas se contenten  
con verla a media luz siendo tan clara.

He conservado durante años el original de un poema de Julián Andúgar que él tituló «Perdidos en la guerra». He comprobado que algunos fragmentos de esa obra han sido publicados en otros libros del poeta, pero no todos, de manera que puedo presumir de tener en mis manos textos suyos inéditos. Es un largo poema sobre la guerra en el que late la profunda vocación de Andúgar hacia la paz; la paz que desvelaba a los soldados en el frente; la paz hacia la que estaba proyectado el vivir en violencia en las trincheras:

De ahí la frase que consiguió en el primer libro que me dedicó: «A Fernando Suárez cómplice de mi demanda en este “mayor cuantía” de España».

Le perdí de vista cuando se trasladó a Barcelona y a Gerona y sé que estuvo dos años de Lector de español en Pau y en Burdeos, ya en contacto muy directo con el Partido Socialista del exterior, lo que no impediría, a su regreso a España, reingresar en la Administración de Justicia y volver a Alicante, donde comienza a estudiar la carrera de Derecho, cuya Licenciatura obtuvo en 1976.

En las primeras elecciones democráticas, el 15 de junio de 1977, Julián Andúgar fue elegido senador por Alicante en la lista del Partido Socialista Obrero Español, pero — desdichadamente— el 13 de septiembre de aquel mismo año falleció en el Sanatorio Cardiovascular de San Vicente del Respeig.

He aludido antes a la frase con que me dedicó Julián Andúgar uno de sus libros y voy a terminar subrayando la coincidencia en la misma idea de dos dedicatorias separadas por un periodo de tres años: En 1957, la primera página del *Denuncio por escrito* me escribe: «A Fernando Suárez, con la esperanza a que te convoco. Un abrazo Julián». Y en 1960, cuando me hace llegar *A bordo de España*, insiste: «A Fernando Suárez, con la palabra única de este tiempo: “Esperanza”. Un abrazo J. Andúgar».

Era, en efecto, un tiempo de esperanza. Esperábamos que se consolidara la reconciliación, que desaparecieran las injusticias, que aumentara la libertad y que España lograra vivir la democracia que había fracasado en tantas ocasiones. Que este tiempo es mejor no ofrece duda y aunque tenemos un panorama ensombrecido por fuertes nubarrones, a mí me gustaría seguir compartiendo con los socialistas de hoy, por encima de mis diferencias que me separan de ellos, las mismas esperanzas que cimentaron mi amistad y mi diálogo con el poeta Julián Andúgar.

Nada más y muchas gracias. ●

# FANGO

**EMILIO ÁLVAREZ FRÍAS**

---

**1.** No sé si el presidente del Gobierno se equivocó al decirlo, en la forma de expresarlo, si yo lo entendí mal, pero creo que expuso que España estaba por el fango, que todos estábamos en el fango; o que los que no le alababan y trataban de impedir se mantuviera en un sagrario estábamos metiendo a España en el fango, cubriéndola de fango o mancillándola hasta llenarla de fango. Ya se sabe, o al menos a mí me lo parece, que él, en sus dichos, en las fábulas que cuenta a su gente, lo hace de tal manera que no termina uno de aclararse de si lo que dice es tratar de expresar cómo eres tú o ahí ando metido yo. Pues de la misma forma que hoy asegura que él nunca se introducirá en determinado charco, mañana trata de convencerte de que lo mejor que se puede hacer es entrar en el barrizal sin tapujos porque es el principal y único camino para seguir la buena ruta que ha iniciado para poner en marcha sus extraordinarias y pasmosas ideas, con él al frente, naturalmente, porque, sobre todo, para que todo marche bien él debe seguir dirigiendo el prodigioso cotarro en el que andamos metidos.

Quizás redondeó su postura al frente del Gobierno de España cuando uno de sus ministros, de los mejores calificados últimamente, Oscar Puente, lo consideró como «el puto amo»; aunque Borja Semper, portavoz del PP, opinó, tras esa salida de tono, que en lugar de ser «el amo» tendría que ser el «puto siervo al servicio de los españoles», pues detrás de él más de una media España opina todo lo contrario.

Por mi parte considero que España, la patria que hemos levantado de donde quedó tras una estúpida guerra que se forjó por otros individuos como él, en estos momentos se encuentra metida en el fango, llena de un fango sucio y nauseabundo que él ha ido supurando a lo largo de unos años que continúan a los mugrientos que dejó su antecesor.

No obstante, tras cavilar por donde anda para sacar de la ciénaga a su amada esposa, Begoña Gómez, es capaz de colocar el barrizal en la acera de enfrente y dijo, en uno de los cuentecillos que suelta a sus zoquetes seguidores una frase lapidaria: «cómo es posible que la paz social que se respira en este país se vea enfangada con todo el barrizal que la derecha y la ultraderecha han puesto en marcha»

**2.** Dificilmente se puede considerar que en España hay paz dado que él ha llegado para provocar la guerra, aunque ésta se limite a un dime direte, en el que, según se puede apreciar mirando la marcha del país, la paz la ha roto él, Pedro Sánchez, con su progreso, desmontando toda la estructura del Estado que funcionaba correctamente aunque con tropezones en puntos concretos. Ha revuelto la convivencia de la gente. Ha dotado a los ministerios de personajes de TBO en no pocas ocasiones e incapaces de llevar por buen camino las acciones y gestiones que les correspondía, Licenciados que han debido terminar la carrera por los pelos, Doctores que consiguieron el título por algún milagro, habiendo repartido indocumentados por todos los centros de la Administración que han ido hundiendo poco a poco el funcionamiento de las correspondientes estructuras. Y, sobre todo, su gestión personal para introducir el



*Los que se comprometieron a olvidar rencores*

«progreso» en España mediante la implantación del espíritu comunista, lo que puede considerarse lo más nefasto que se pudiera pensar.

La gestión cambiante del día a la noche con la que enfoca todos los problemas es el arma eficaz que él domina, lo que hay que reconocer. Y por tanto es capaz de conducir al país al fango aplaudido por el orfeón que, aunque sea desentonando, cacarea continuamente.

**3.** Es suficiente prestar un poco de atención para ver la diferencia que se encontraron los españoles en el momento de intentar unirse en una España sin odios ni rencores con respecto a la que tuvimos que enfrentarnos «el dictador» y yo, cuando empezamos a andar. Es decir, el momento de la Transición. Momento en el que, aparte las promesas, se dieron no pocos abrazos dismórficos que, contra lo que se pretendía — dejar atrás situaciones anteriores— solo cubrían un simple engaño del compromiso de seguir todos el mismo camino. En consecuencia, unos lo hicieron con convicción y entrega, y los otros por puro compromiso.

En ese momento se recibía una España organizada, con instituciones que funcionaban perfectamente, con una sociedad de clase media situada en un buen ambiente, disfrutando con holgura de la vida, una enseñanza muy bien programada que se impartía a todos los jóvenes españoles, sin falta de trabajo, con profesionales que habían aprendido el oficio en centros del Estado o en las propias empresa; una España en la que la enseñanza, cumpliendo los planes, y ejerciendo los profesores su obligación, se intentaba dar la mejor y completa formación a los estudiantes, lo que era admitido y seguido por la familia, cosa que ahora no resulta posible dados los planes

de estudio establecidos, la introducción de materias que no tienen nada que ver con la educación académica, etc.

**4.** Era un estado serio, no democrático pero en el que se podía vivir en libertad, en más libertad que la que ahora pretende dejar Pedro Sánchez tras el descubrimiento por los españoles de los mejunjes que se hacían por persona de su casa. Era un estado autoritario —como lo definiera el profesor Luis Suárez en el Diccionario Biográfico Español editado por la Real Academia Española, al hacer el análisis de Francisco Franco— trató de hermanar a vencedores y vencidos y sacar adelante unas generaciones libres de culpas y de malos gestos. Porque en ese estado fue posible que en los organismos oficiales tuvieran cabida personas que habían sido condenadas a muerte, ya que fueron compensadas por prisión, concediendo la libertad al poco tiempo. No son escasos los que ocuparon plazas en la Seguridad Social que estaba surgiendo, o en la Organización Sindical Española. Y hablando de sindicatos, el de CC.OO. hizo sus pinitos primeros en la huelga de Euskalduna de 1953, repitieron en la de «La Camocha» de Gijón, en la huelga minera de Cataluña, País Vasco y Teruel en 1962, en 1963 ya apareció con carácter provincial, en 1964 estaban dentro de la Delegación Provincial de Sindicatos, en 1967 celebró su primera asamblea,... ¿Que tuvieron problemas con los cuerpos del orden público? Como ahora. ¿Que no eran primeras figuras en el ámbito laboral ni recibían importantes emolumentos del Estado? Por supuesto. Como todos. Pero en España se andaba con libertad aunque no estuviera declarado como estado democrático..., que ya vemos no deja de ser un pufo.

**5.** ¿Cómo se puede decir a voz en grito que España está mejor que nunca, más avanzada, con una economía floreciente, que va como un cohete...; una enseñanza de primera calidad; una libertad donde se hacen leyes de lo que no gusta y un estado que funciona maravillosamente, cuando los jueces se ven obligados a manifestarse porque quebrantan su independencia y libertad, se quiebran las normas existentes de cómo han de ascender los funcionarios públicos cuando les ponen delante un indocumentado, se retuercen las leyes para que puedan hacer una jugada que de otra forma estaba prohibida, se cede a Marruecos la soberanía sobre el Sahara Occidental por decisión del «amo», sin consultar al Parlamento, sin que nadie le haya autorizado, con todo su salero y sin someterlo a las Cortes inicia una campaña sin por el mundo entero para reconocer a Palestina como nación,...

Es decir, que la España que estamos viviendo, y la que nos prometen, es una dictadura en la que no se puede abrir la boca para manifestar una opinión contraria al «puto amo». Mal camino. Horrible para los que intentamos seguir el que nos enseñó la Historia para hacerla más grande. Terrible para las nuevas generaciones, a las que convertirán en borregos para que ni siquiera piensen. ●

# EL ASOMBROSO ORDEN DE LA CREACIÓN Y EL SER HUMANO

**ANDRÉS SERRANO PARADINAS**

Doctor Ingeniero de Caminos. Texto de su intervención el 20 de febrero de 2024, en la tertulia *Encuentros en El Pardo*, del Club de Opinión Encuentros

Intelligentísimos griegos pusieron en marcha el que, a la postre, se convertiría en el instrumento más poderoso de la humanidad; la ciencia. Pero el objetivo de estas inquietas personas que reflexionaban en la playa de una costa mediterránea hace 2.600 años no fue ser capaces, en un futuro, de diseñar aparatos sofisticados y tecnológicos. Únicamente sentían *curiosidad* por conocer el intrincado y asombroso orden del universo y sus causas. La curiosidad y la capacidad para sorprenderse fueron, y son, la madre de la ciencia.

Estos grandes pensadores griegos se asombraron ante el orden dinámico y perfecto del cosmos. Todo está en movimiento, todo cambia, pero mantiene una armonía asombrosa. Cada elemento natural cumple una función específica: el sol, las nubes, los ríos, el mar, el viento, las estaciones del año, las estrellas que nos guían, la luna, la gravedad, etc. todos cumplen su función. Las plantas y los animales mantienen entre sí un equilibrio perfecto, cada uno de ellos aportando a otras especies todo lo que necesita. Además, cada uno de los órganos de los animales y las plantas parecen tener un diseño asombrosamente perfecto, cada órgano parece tener un fin específico y concreto, y perfectamente coordinados entre sí.

Los griegos fueron conscientes de ese orden lógico y racional, ese *Logos* que lo abarcaba todo, y se esforzaron por conocerlo. Anaxágoras, Sócrates, Platón, Aristóteles, todos ellos se esfuerzan por entender el orden cósmico que, para ellos, tiene una clara naturaleza divina. Perciben con claridad que el azar produce caos, y la razón produce orden. Si todo el cosmos parece estar diseñado de manera inteligentísima y racional, tenía que ser debido a que el *Demiurgo*, es decir, el artesano creador del cosmos, era un ser divino racional.

Demócrito, sin embargo, pone en duda que pueda existir un propósito en los distintos elementos del cosmos. Postula que es posible la formación de la armonía que observamos en base al movimiento azaroso de la materia, al deambular caótico de los indestructibles y eternos átomos. *Si el tiempo es eterno*, y todo ha existido desde siempre, cualquier configuración de la materia es posible simplemente *por azar*. Por muy compleja e intrincada que sea dicha configuración, tarde o temprano se dará.

Pero fue la ciencia de Platón y Aristóteles la que triunfó durante veinte siglos. El enorme desarrollo de la ciencia en Alejandría entre los siglos III a.C. y el I d.C. es continuador de los esfuerzos de estos grandes filósofos, desarrollando de manera asombrosa las matemáticas, la geometría, la astronomía, la medicina, etc. Buscaban en estas ciencias el *Logos* divino, la lógica racional que lo imbricaba todo.

La teología cristiana identificará en el *Logos* griego a Cristo, la Palabra de Dios, el Verbo divino que creó el mundo para el ser humano, que se hizo carne, y fue crucifica-



do en tiempos de Poncio Pilato. Desde entonces, la autoridad de la Palabra de Dios y, en menor medida, la autoridad de Aristóteles, estancaron la evolución de la ciencia a lo largo de toda la Edad Media, si bien dejaron las bases para la revolución que vendría después.

Cuando en el siglo xvii se dan las condiciones para la emancipación del pensamiento, nace la ciencia occidental, tal y como la conocemos. Sin embargo, su nacimiento no se debe a alguien que pudiera pensar que todo es materia, y azar eterno. Muy al contrario, el método científico solo podía ser diseñado por alguien que, de manera casi fanática, creyera en un orden matemático perfecto, intrínseco en todos los fenómenos del cosmos. Esa persona fue Kepler, quien obsesionado por encontrar las curvas geométricas perfectas que debían estar trazando los planetas, las probó todas, hasta que encontró la que encajaba, la elipse. Una curva matemática perfecta que un griego de Alejandría, dos mil años antes, había descubierto usando solo su imaginación racional y su conocimiento geométrico-matemático. El *Logos* matemático parecía existir, por tanto, en la mente humana, y también en la naturaleza del cosmos.

Desde ese día el método científico se afana por encontrar en cada fenómeno un modelo matemático que encaje perfectamente con los datos acumulados que hemos observado, y posteriormente, debe ser capaz de hacer predicciones que se cumplan en futuras observaciones. La ciencia occidental, por tanto, dio por hecho que existe en la naturaleza un orden matemático, y unas leyes universales, pero durante mucho tiempo dejó de plantearse por qué existe ese orden matemático y por qué existen esas leyes universales.

En el siglo xviii el enorme éxito de la física planteó pronto un nuevo problema. Si todo en la materia parece estar matemáticamente determinado, si todo cumple de manera estricta las leyes universales, ¿es posible la existencia de un ser libre?, ¿existe el libre albedrío en el ser humano o es solo una ilusión?, ¿existe la voluntad?

El desarrollo posterior de la astronomía, la química, la biología, la geología y la genética acaban dibujando un mundo material gobernado por leyes eternas e inmutables. El hombre es solo un animal que evolucionó por azar de especies más sencillas. Está constituido por una mezcla de distintos productos químicos y cada uno de los elementos que lo integran obedece las leyes químicas y físicas inmutables. Este ser existe solo desde hace 100.000 años en un planeta que tiene 5.000 millones de años de antigüedad. Es por tanto un recién llegado a un planeta que es solo uno de los miles de millones de planetas que dan vueltas alrededor de miles de millones de estrellas, que existen en cada una de los miles de millones de galaxias del universo.

«El hombre es el producto de causas inconscientes; su origen, su crecimiento, sus esperanzas, su amor, y sus creencias son el resultado de un ensamblaje accidental de átomos» (Bertrand Russell 1872-1970).

Parecía ya todo claro y todo establecido.

«En física ahora no hay nada nuevo por descubrir; todo lo que queda por hacer son medidas cada vez más precisas» (atribuido a Kelvin, año 1900).

Pero los increíbles descubrimientos del siglo xx nos dibujan un mundo radicalmente diferente y sorprendente. Un mundo que ningún científico fue capaz de imaginar unos pocos años antes.

La *Teoría de la Relatividad Especial y General* de Einstein rompió con un escenario simplista de la materia, el espacio y el tiempo. El cosmos no parece estar formado por *canicas* que chocan en un espacio absoluto, en un tiempo absoluto. El tiempo ha resultado ser relativo, dos hechos que para un observador son evidente y ciertamente simultáneos, no lo son para otro observador. Y los dos tienen razón. También el espacio, la masa y la energía son relativos. No existe un espacio absoluto fijo e inmutable de referencia. Algo que mide 2 metros para un observador, para otro mide 4 metros, y los dos tienen razón. Para un observador un objeto tiene una masa de 20 kg, y para el otro 40 kg, y los dos tienen razón. Pero además el espacio y el tiempo es deformable. Un hombre podría viajar lejos en una nave espacial a gran velocidad y a su regreso darse cuenta de que para él han pasado solo seis meses, mientras en la Tierra han pasado cien años.

La relatividad es un primer golpe en la línea de flotación del materialismo, puesto que relativiza sus tres elementos clave: el tiempo, el espacio y la materia.

El siglo xx ha visto nacer también otras teorías sorprendentes que, como la relatividad, han resultado confirmadas una y otra vez por la ciencia. La teoría del *Big Bang*, la *Teoría del Ajuste Fino* y la *Mecánica Cuántica* son las más significativas y las que han provocado un impacto filosófico más importante.

La propuesta de Friedman y Lemaitre de que todo tuvo un comienzo fue, en un inicio, totalmente rechazada por los principales científicos.

«Sus cálculos son exactos, pero su intuición física es abominable». Es «física de curas». «No, eso no, ¡sugiere demasiado la creación!» (Einstein).

«La razón por la que a los científicos les gusta el *Big Bang* es porque están eclipsados por el libro del *Génesis*. Está en lo profundo de la psique de la mayoría de los científicos creer en la primera página del *Génesis*» (Hoyle).



Sin embargo, sus tesis y sus cálculos matemáticos se vieron una y otra vez confirmados. La demostración de que las galaxias se alejan unas de otras y, sobre todo, el descubrimiento de la radiación de fondo por Penzias y Wilson en 1964 demostraron de manera definitiva que, en efecto, el *Big Bang* existió.

Esto provocó un terremoto que removió los cimientos del pensamiento científico-filosófico occidental. El problema no era solo tratar de encajar que el universo pudiera aparecer de la nada, y que el tiempo y el espacio se crearan en un instante concreto de la historia. El problema principal es que, hasta ese momento, se pensaba que el origen por azar de un orden tan increíble en el planeta Tierra era solo posible *si el universo era eterno y existía desde siempre*. En un universo infinito y a lo largo de un tiempo infinito es «concebible» que en algún planeta se dé, en algún momento, la vida, e incluso, si hay tiempo suficiente, en algún planeta hubieran podido aparecer seres tan increíbles como nosotros. Como anticipó Demócrito, en un tiempo infinito cualquier configuración es posible, por muy ordenada que sea.

Pero si todo comenzó hace solo 15.000 millones de años ¡el azar no tuvo tiempo suficiente para crear el orden que vemos! Para la aparición de la primera célula viva viable, la más simple posible, es imprescindible la aparición previa de cientos de tipos de proteínas, cada una de ellas con una configuración hiper-precisa, con una función específica. La proteína más sencilla está formada por un orden específico de 400 aminoácidos, colocados todos en fila. En cada uno de esos 400 «huecos» es preciso escoger, de entre 20 tipos posibles de aminoácidos, el preciso y correcto en cada hueco. Esto quiere decir que, para formar esa proteína sencilla, por azar, de solo 400 «huecos», debes acertar con una configuración precisa, de entre  $20^{400}$  posibles configuraciones. Pero para la existencia de la primera célula viable son necesarias también proteínas mucho más complejas, constituidas por 20.000 aminoácidos (20.000 huecos), cuya configuración precisa es solo una, entre  $20^{20.000}$  posibles.

Para intentar comprender hasta qué punto esto es improbable, imaginemos a un mono tratando de escribir el libro de *El Quijote*, por azar. Es muy fácil calcular matemáticamente que, si el mono diera a una tecla cada segundo, por azar, tardaría 88.000 millones de años en escribir, tan solo la frase «*En un lugar*». Es decir, necesitaría más de cinco veces la edad del universo para escribir tres palabras. El problema que los científicos identifican es que la proteína más sencilla equivale a escribir la primera página completa de *El Quijote* (aproximadamente 800 palabras). Y una proteína un poco más compleja equivale a escribir cinco capítulos (más de 50 páginas). Pero para la formación de la primera célula viable no hacen falta dos ni tres tipos de proteínas, son necesarios cientos de tipos de proteínas distintas, cada una con una función precisa y específica, flotando en una misma charca para hacer posible la formación de la primera célula. Y aunque flotaran todos esos distintos tipos de proteínas complejísimas en una misma charca, la formación de una célula ordenada es aún mucho más improbable, puesto que es necesaria la formación del ribosoma, las cadenas de ADN y ARN, etc.

Por tanto, el hecho de que el tiempo pasado no sea eterno *es totalmente limitante*. No es posible «fabricar» nada mínimamente ordenado por azar, si el tiempo es limitado. Aunque pusiéramos un mono tecleando en cada planeta, de cada una de las 100.000 millones de estrellas, de cada una de las 100.000 millones de galaxias del universo observable, necesitarían un tiempo equivalente a 100.000 millones de veces

la edad del universo para que, al menos uno de ellos, lograra escribir las ocho primeras palabras de *El Quijote* «En un lugar de La Mancha de cuyo». Esto equivale solo a la puntita de la proteína más sencilla.


La Teoría del *Big Bang*, por tanto, ha sido un terremoto en la ciencia del siglo xx. Pero en el último cuarto de ese mismo siglo se fue desarrollando también el *Principio Antrópico*. Es un hecho que el ser humano existe, y por tanto se han tenido que dar las condiciones privilegiadas necesarias para su existencia. Hasta qué punto son privilegiadas es tarea de los astrofísicos analizarlo. Y, en efecto, son muchísimas las coincidencias que se han dado en nuestro planeta para que haya sido posible la existencia de vida. Citaremos solo algunas de ellas; la distancia del planeta al sol es exactamente la precisa para evitar la congelación o el achicharramiento, la existencia de un satélite

"Es la fuerza con la que la Tierra atrae a los objetos que están en su proximidad"

Peso =  $m \cdot g$

$$F = G \cdot \frac{m_1 \cdot m_2}{d^2}$$

$M_T = 5,972 \times 10^{24} \text{ kg}$   
 $d = R_T = 6,371 \times 10^6 \text{ m}$



$$p = F = G \cdot \frac{m_T \cdot m_2}{(\text{Radio tierra})^2} = g \cdot m_2$$

$$6.67 \cdot 10^{-11} \frac{\text{N} \cdot \text{m}^2}{\text{kg}^2} \cdot \frac{5.972 \cdot 10^{24} \text{ kg}}{(6.371 \cdot 10^6 \text{ m})^2} = 9.81 \frac{\text{N}}{\text{kg}}$$

$$g = G \cdot \frac{m_T}{R_T^2}$$

Cálculo de las constantes universales

anormalmente grande como nuestra Luna estabiliza la inclinación del eje de la tierra, el campo magnético terrestre nos protege de los rayos cósmicos y de las partículas energéticas emitidas por el sol, el oxígeno que fabricaron en el pasado las plantas, en las capas exteriores de la atmósfera se convierte en ozono y nos protege de los rayos ultravioletas, los océanos estabilizan el clima terrestre global, Júpiter y Saturno y los planetas exteriores nos protegen de la mayor parte de los meteoritos y amenazas exteriores, etc. Pero antes de todo esto, ha debido de existir una estrella anterior al sol en donde se formaron todos los elementos pesados (todos los que no son helio ni hidrógeno), los cuales se formaron en el reactor nuclear del interior de esa estrella. Así pudo existir en nuestro sistema solar el oxígeno, el carbono, el silicio, el nitrógeno, el hierro, etc.

Pero lo realmente sorprendente es que es *el propio universo* el que parece haber estado finamente ajustado para hacer posible la existencia de la vida. En física traba-

jamos con una serie de variables fundamentales que tienen unos valores concretos y específicos y que son, por así decirlo, la huella dactilar de nuestro universo; la constante de gravitación universal, la constante de Planck, la masa del electrón, la masa del protón, la carga del electrón, etc. No son muchas las constantes universales independientes, son solo unas 15, pero bastaría con modificar mínimamente el valor de cualquiera de ellas para hacer totalmente inviable la existencia de vida. Por ejemplo, una levisima modificación en el valor de la constante de gravitación universal ( $G$ ), hace imposible la existencia de estrellas amarillas (las únicas capaces de albergar vida en sus planetas). Y basta una ligera modificación en la relación entre la masa del protón y del electrón, por exceso o por defecto, para hacer inestables las larguísimas cadenas de ADN, y por tanto se haría imposible la vida. Por otra parte, una ligera modificación en la carga del electrón eliminaría las increíbles propiedades de los puentes de hidrógeno en el agua, absolutamente fundamentales para la existencia de la vida, responsables de que el agua tenga sus increíbles y extrañas propiedades; que sea disolvente universal, tenga capacidad de capilaridad, que su estado sólido sea más ligero que el líquido logrando que el hielo flote, su gran capacidad calorífica, su altísimo calor de vaporización, etc. todo ello esencial para la existencia de vida. Las constantes universales son, además, exactamente las precisas para hacer posible la formación del carbono en el interior de las estrellas, elemento absolutamente necesario para la vida.

«La interpretación de sentido común de los hechos sugiere que una superinteligencia ha andado toqueteando tanto la física, como la química y la biología, y que no hay fuerzas ciegas en la naturaleza». «Pienso que ningún científico que examinase estas evidencias podría evitar llegar a la conclusión de que las leyes de la física han sido deliberadamente proyectadas» (Hoyle. Astrofísico inglés).

Y no solo se ajustaron de manera absolutamente precisa los valores de cada una de esas constantes universales, también se ha demostrado que la velocidad de expansión del universo ha venido siendo exactamente la velocidad precisa justa y necesaria para que las fuerzas gravitatorias de toda la masa del universo no tengan fuerza suficiente para colapsar todo el cosmos (Big Crunch). Ahora bien, si la velocidad de expansión fuera solo una milésima de milésima superior, la gravedad pierde la partida, y no habría sido posible la formación, por atracción gravitatoria, de «pequeños grumos», es decir, habría sido imposible la formación de galaxias y estrellas, algo imprescindible para la existencia de vida.

«El universo se esté expandiendo justo a la velocidad de escape. No podríamos observar un universo diferente porque no sería posible nuestra existencia» (Hawking).

Por último, cabe mencionar la teoría más audaz de todas, y la más exacta de la historia de la humanidad. La mecánica cuántica se ha venido desarrollando desde principios del siglo xx y, a pesar de sus increíbles éxitos a la hora de predecir los fenómenos, es una teoría absolutamente desconocida y totalmente incomprendida para la mayor parte de las personas del planeta. Todos los científicos aceptan los postulados matemáticos de la mecánica cuántica, la ecuación de Schrödinger, el principio de incertidumbre, etc. El problema no está por tanto en la propia teoría. Lo realmente inquietante es lo que la teoría nos está queriendo decir acerca de la esencia de la naturaleza. Es en el ámbito de las interpretaciones de la mecánica cuántica donde se libra la batalla del pensamiento. O debería librarse. Pero los científicos han optado

por hacer «*ciencia*», es decir, calcular sus modelos y desarrollar, a partir de ellos, su tecnología. Como decía Bohr,

«Es un error pensar que la tarea de los físicos consiste en descubrir cómo es la naturaleza» (Bohr).

Pero si los científicos se abstienen de dar su veredicto en relación con las posibles interpretaciones de la mecánica cuántica y, por otra parte, son pocas personas las que logran profundizar en su entendimiento ¿Quién lo hará?

No hay espacio en este artículo para explicar el principal problema filosófico que emerge al analizar las diferentes interpretaciones de la mecánica cuántica, pero sí podemos enunciar el problema. Los experimentos que venimos realizando durante más de cien años en los más importantes laboratorios del planeta no nos dejan escapatoria. Parece inevitable aceptar que la consciencia del observador tiene un papel esencial en el fenómeno cuántico.

«Es útil en la vida práctica decir que el mundo existe “ahí fuera” con independencia de nosotros, pero esa visión ya no puede sostenerse» (Wheeler).

«Toda interpretación de la mecánica cuántica involucra a la consciencia» (Euan Squires).

Considerando que todo lo que conocemos está constituido, en última instancia, por partículas elementales que tienen un comportamiento cuántico, el análisis de la verdadera naturaleza de lo que «existe ahí fuera» nos puede llevar a conclusiones realmente inquietantes.

«Me gusta pensar que la luna está ahí, aunque no la esté mirando» (Einstein).

En definitiva, el siglo xx ha puesto patas arriba la orgullosa confianza que la ciencia exhibía en su conocimiento de la física, la química, la biología, etc. El materialismo y el determinismo radical es ya del todo insostenible. El tiempo limitado de la historia del universo desde su inicio en el *Big Bang* hace difícilmente explicable que exista el ser humano por azar. Pero, sobre todo, el ajuste fino y preciso que parece haberse dado a las constantes físicas de nuestro universo para hacer posible nuestra existencia no tiene, a día de hoy, ninguna explicación científica mínimamente convincente.

Finalmente, la mecánica cuántica parece gritarnos que debemos incorporarnos a nosotros mismos en el centro mismo de los fenómenos,

«La consciencia es la base fundamental de la que deriva todo» «La ciencia no puede resolver el problema fundamental último de la naturaleza. Y esto es porque, al fin y al cabo, nosotros mismos somos parte de ese misterio que se debe resolver» (Max Planck). ●

# PSICOLOGÍA DEL ADULTERIO

## EN TRES NOVELAS DE PÉREZ GALDÓS

**RICARDO MARTÍNEZ CAÑAS**

Doctor en Geografía e Historia y ex profesor de la Universidad Complutense de Madrid

Quisiera en este artículo mostrar algunos de los muchos aspectos que en la actuación del espíritu humano señala Pérez Galdós al novelar estos hechos. Una actuación que, de acuerdo con su Discurso de ingreso en la RAE (Real Academia Española), se debe novelizar siempre en su estrecha interrelación con el cuerpo a que va unido y con el todo sistémico en que el ser humano, cuerpo y espíritu, vive integrado: «Imagen de la vida es la Novela [dijo allí], y el arte de componerla estriba en reproducir los caracteres humanos, las pasiones, las debilidades, lo grande y lo pequeño, las almas y las fisonomías, todo lo espiritual y lo físico que nos rodea»<sup>1</sup>. Una idea del conjunto sincrónico en que actúa el ser humano que se completa con la de su diacrónico devenir: «El continuo engendrar de unos hechos en el vientre de otros es la Historia, hija del Ayer, hermana del Hoy y madre del Mañana»<sup>2</sup>. Son dos ideas complementarias que Galdós repite al principio de cada primer *Episodio Nacional* de las cinco series que de ellos publicó, destacando siempre que en la reviviscencia del devenir humano, sea histórico o de ficción, debe incluirse todo tipo de personas y de hechos, *grandes y pequeños*, referidos *como se dan en la vida*<sup>3</sup>. Así pueden presentarse todo tipo de ejemplos para que el lector, en su deseable catarsis, imite los hechos perfectivos y rechace los indeseables. No en vano, según suele indicar Galdós, y puede leerse en el *Epílogo* a la edición ilustrada de sus dos primeras series de *Episodios Nacionales*<sup>4</sup>, su obra responde al deseo de enseñar y educar, además de *recrear* o *entretener*<sup>5</sup>.

Ahora bien, dentro de esas constantes, hay novelas en las que Galdós atiende especialmente al estudio del espíritu. Son las llamadas novelas *psicológicas*. Éste es el caso de las tituladas *La sombra*, *La incógnita* y *Realidad*, a cuyo contenido voy a referirme aquí<sup>6</sup>. Las tres tienen como asunto central el adulterio. Un tema al que Galdós, que nunca se casó, se muestra especialmente sensible, debido quizás, entre otras cosas, a los azares de sus muchas relaciones amorosas. Es un proceso iniciado con su traslado a Madrid (en 1862), que se dice promovido por doña Dolores, su rigurosa madre (que

<sup>1</sup> En *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Sr D. Benito Pérez Galdós, el domingo, 7 de febrero de 1897*. Viuda e Hijos de Tello, Madrid, 1897 pp. 8, y 15.

<sup>2</sup> PÉREZ GALDÓS, Benito: *Las tormentas del 48* (año 1902). En O. C. Aguilar, Madrid, 1976, T III de Episodios Nacionales, p 530.

<sup>3</sup> Véase, por ejemplo, el primer capítulo de *Trafalgar*, con el que se inicia la primera serie.

<sup>4</sup> Ed. La Guirnalda, Madrid, 1885, p III.

<sup>5</sup> Todo ello puede verse, con más amplio desarrollo, en mi trabajo sobre *El concepto de Historia en Pérez Galdós, su plasmación novelesca y su proyección educativa*. Boletín de la Real Academia de la Historia, Madrid, 1996, T CXCI, Cuaderno I, pp. 73-136.

<sup>6</sup> Las tres son calificadas como *psicológicas* en la *nota preliminar* con que cada una es presentadas en su edición de O. C. Aguilar, Madrid, 1975; y las dos últimas en el interesante artículo que sobre ellas veo publicado, en <https://www.cervantesvirtual.com/obra/una-novela-psicologica-0/>, por Ricardo Gullón bajo el título: *Una novela psicológica*.

lo era de diez hijos), para alejarlo de Canarias y evitar sus amores juveniles con su prima Sisita, hija natural, nacida en Cuba de una relación libre que con una viuda tuvo allí José María Galdós, hermano, hasta entonces muy admirado, de doña Dolores<sup>7</sup>. Esta frustración de su primer amor repercute, según algunos galdosistas, en toda su vida y obra<sup>8</sup>; y a dicha frustración se une el desengaño amoroso que a Galdós se atribuye al ver casarse con otro a Juana Lund Ugarte, que, según el doctor Marañón, fue su amor secreto y pretendida novia desde 1876 a 1879<sup>9</sup>. Tras ello, está bien documentado que Galdós mantuvo relaciones largas, y en algunos casos simultáneas, con al menos cuatro mujeres: Lorenza Cobián, una modelo con la que está desde 1880 y tuvo varios hijos, de los que sobrevivió su reconocida hija María, nacida el 12 de enero de 1891; Emilia Pardo Bazán, separada de su marido hacia 1884, con la que, según sus cartas, mantenía relaciones íntimas mientras escribía *La Incógnita y Realidad* (años 1888-1889). Y ya en fechas posteriores a las novelas que aquí nos ocupan, aunque la Pardo Bazán sigue escribiéndole hasta 1895, consta que Galdós está relación con la joven actriz Concha Morell desde 1891-1892, a la que sigue, por último, hacia 1906, Teodosia Gandarias, su culta y fiel colaboradora hasta que, el 31 de diciembre de 1819, se produjo su muerte, cinco días antes que la de Galdós<sup>10</sup>. Este continuado cambiar parece indicio de que Galdós no encontró un amor que integrase, en grado suficiente, la recíproca atracción corporal y la confiada intimidad espiritual que, como luego veremos, atribuye a un matrimonio ideal. En todo caso, su atención a estos temas, explicable por la presencia y dramas que conllevan en la vida humana, se acentúa en estos años, en los que destaca su gran novela titulada *Fortunata y Jacinta*, publicada en 1887, entre uno y dos años antes que *La Incógnita y Realidad*. Y a ello se une que *Realidad*, novela ya elaborada en forma dramática, fue, una vez adaptado su texto, la primera obra de teatro estrenada por el Galdós adulto (a sus casi 49 años), el 15 de marzo de 1892.

Como quiera que sea, se trata de un asunto que Galdós aborda en su primera novela escrita, *La sombra*, al hacer, según dice, sus primeros pinitos (...) en el pícaro arte de novelar, hacia los años 1866 a 1867, aunque no salió en letras de molde hasta 1870<sup>11</sup>, después de *La Fontana de Oro*. Galdós, que, como buen realista, se dice al publicarla «más aficionado a las cosas reales que a las soñadas»<sup>12</sup>, calificó entonces de fantástica esta novela; y, como ya señalé en otro lugar<sup>13</sup>, al referirse a los trastornos psicológicos que el adulterio y los celos producen en el honor de la vida conyugal, los destaca diciendo que originan *la mitad de los escándalos sociales*<sup>14</sup>. Escándalos que se muestran mantenidos desde la Antigüedad clásica, ya que Anselmo, protagonista de *La sombra*, es un madrileño contemporáneo de Galdós cuya casa, imagen del mundo occidental, contiene, entre otros muchos objetos del mundo clásico, un cuadro evocador de los míticos amores del troyano Alejandro-Paris con Helena, cuyo esposo, el rey de Esparta Menelao, desencadenó por este motivo, con ayuda de su hermano Agamenón,

<sup>7</sup> Ibídem; y en ORTIZ-ARMENGOL, Pedro: *Vida y obra de Galdós*. Ed. Crítica, Barcelona, 1996, p. 90.

<sup>8</sup> Ver BEYRIE, Jacques: «Galdós et son mithe». París, Honoré Champion, 1980 (3 Vols.), T I, pp. 97-116, y T II, p. 345.

<sup>9</sup> Citado por HERRERA HERNÁNDEZ, Manuel: *Amores, amoríos y rumores ...*

<sup>10</sup> HERRERA HERNÁNDEZ, Manuel: *Amores, amoríos y rumores en la vida de Galdós*. En «Amores, amoríos y rumores en la vida de Galdós | Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes» (cervantesvirtual.com).

<sup>11</sup> PÉREZ GALDÓS, Benito: En nota preliminar a su edición en La Guirnalda, Madrid, 1800, En «La sombra; Celín; Tropiquillos; Theros | Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes» (cervantesvirtual.com)

<sup>12</sup> En nota preliminar citada.

<sup>13</sup> En *La idea del honor en Pérez Galdós*. Boletín de la Real Academia de la Historia, Cuaderno II de 2010, pp. 231-256.

<sup>14</sup> PÉREZ GALDÓS, Benito: *La sombra*. Ed. Cit., Cap. II, punto IV.

la Guerra de Troya. La difusa amenaza que para el honor de los esposos evoca aquella imagen se destaca y acentúa en este caso por Galdós disponiendo que la esposa del protagonista se llame también Elena y que el brillante amigo, con fama de galanteador, de quien Anselmo estaba celoso, se llame Alejandro, primera parte del nombre del troiano Alejandro-Paris. La analogía afecta de tal modo a la enfermiza mente de Anselmo que, enloquecido, se olvida de su amigo Alejandro (del que parece hallar vergonzoso el desconfiar) y sólo manifiesta atención y temor a que *la sombra* del Alejandro-Paris del retrato, al que cree ver salir de allí para estar con su esposa, acabe destruyendo su *honor en la opinión de las gentes*. Se produce así un juego de acciones y situaciones en las que Galdós critica la excesiva preocupación por ese *honor en la opinión* en lugar de atenerse al *honor en la propia conciencia*. Ese temor a la ajena opinión, señala Galdós, acaba haciendo a veces sentir más temible el dicho que el hecho, la apariencia que la realidad, la fama que el ser.



*Confesión del adulterio medieval*

Quizás no esté de más señalar que el entonces joven Galdós (24 años) evoca en esta novela y título, *La sombra*, el texto de W. Shakespeare en que *Hamlet*, tras hablar con la *sombra* de su padre asesinado, se plantea la cuestión del *ser o no ser*; sólo que aquí Galdós critica que la cuestión principal que el protagonista se plantea, tras hablar con *la sombra* del seductor, Alejandro-Paris, es más bien *parecer o no parecer*. Por otra parte, ya en *Hamlet* se contraponen el *parecer* y el *ser*, y «yo no sé parecer», dice *Hamlet*. Además en el *Otelo*, que Galdós comenta en alguno de sus *Episodios*, Shakespeare contrapone el honor en *conciencia* y el honor en *apariencia*, y en el asesinato de la inocente Desdémona por Otelo se ejemplariza a qué extremos puede llevar la apariencia que provoca los celos infundados<sup>15</sup>.

<sup>15</sup> SHAKESPEARE, W.: *Hamlet*. En O. C. Aguilar, Madrid, 2003, T I, pp. 111 y 130; y *Otelo*, *Ibidem*, pp. 226, 232, 242 y 248



Es notable también que la citada referencia de Galdós a los adúlteros amores de Paris y Helena no es única. Vuelve a utilizarla en 1890, recién publicadas *La incógnita* y *Realidad*, al referirse al cese de Parnell como jefe del partido irlandés por una cuestión de faldas, diciendo que, «desde la guerra de Troya, Cupido viene interviniendo de modo ostensible en la vida política de los pueblos»<sup>16</sup>.

Además, ya en *La sombra* emplea Galdós las palabras *incógnita* y *realidad*, que, con significado semejante, darán título, veinte años después, a dichas otras dos novelas que aquí nos ocupan; y Anselmo se dice dispuesto a luchar a muerte con Paris porque «no veía otra manera de despejar *la incógnita*»<sup>17</sup>. Pero mientras en *La sombra* muestra Galdós los efectos del temor a un adulterio inexistente en una mente enfermiza, en el doblete formado por *La incógnita* y *Realidad* se trata de un adulterio real, y entre unas personas especialmente prestigiosas de la élite social, cuyos pensamientos, sentimientos y emociones se analizan y manifiestan, con plena consciencia y detalle.

En *La incógnita*, Galdós se expresa a través de Manuel Infante, que como supuesto autor de sucesivas cartas dirigidas a su amigo *Equis*, o X, va presentando a los diversos personajes, describiendo su físico, con sus relaciones y demás aspectos *exteriores*. Las *incógnitas* surgen al intentar, entre sospechas y dudas, explicar los hechos imaginando ajenos pensamientos, sentimientos e intenciones. Explicación que, precisamente por tratar de lo invisible e incógnito, es ocasión de que Galdós vaya señalando numerosas y verosímiles variantes del comportamiento psíquico, aunque todas sean erróneas, salvo si acaso una, la realmente vivida, que se descubrirá al leer *Realidad*.

Infante se auto-presenta como Diputado en las Cortes y, como Galdós, que también lo era entonces, por Puerto Rico, se dice escasamente activo en ellas. Es sobrino de Carlos Cisneros, un pariente de su madre que es rico, poderoso e influyente en aquel Madrid, y propietario de una pinacoteca de la que presume mucho. En cuanto a su espíritu, supone Infante (señalando así Galdós diversos aspectos de su objeto de estudio en esta novela), que Cisneros, dadas sus continuas y diversas críticas, «debe de ser también versátil en sus sentimientos, antojadizo en sus pasiones; ha de pasar fácilmente del amor al odio, por móviles escondidos, cuya explicación es difícil encontrar en los repliegues de su alma»<sup>18</sup>. Cisneros tiene un hija llamada *Augusta*, nombre que, según el actual Diccionario de la RAE, se asocia a quien «infunde o merece gran respeto y veneración por su majestad y excelencia». Parece, pues, seleccionado por Galdós para este caso, ya que *Augusta* es la principal protagonista del adulterio aquí tratado; además, sus caracteres y comportamiento dan lugar a que la condesa Emilia Pardo Bazán, tras leer *La Incógnita*, diga por carta a Galdós, al pedirle perdón por su *infidelidad material*: «Me he reconocido en aquella señora, más amada por infiel y trapacera»<sup>19</sup>. Y el particular y complejo carácter de este adulterio se acentúa porque *Augusta* está casada con Tomás Orozco, que se muestra «cumplido caballero digno de poseer tal joya», y querido profundamente por ella, aunque se le ve algo retraído

<sup>16</sup> Carta de fecha 11-XII-1890, publicada en *La Prensa* de Buenos Aires el 11-I-1891. Reproducida en SHOEMAKER, William H.: *Las cartas desconocidas de Galdós en «La Prensa» de Buenos Aires*. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1973, pp. 435-442, especialmente p 438.

<sup>17</sup> PÉREZ GALDÓS, Benito: *La sombra*. Ed. Cit., Cap. II, punto 3; y alusiones a la *realidad* y contraste entre lo externo e interno en varios puntos de este capítulo y del III. La cursiva es mía.

<sup>18</sup> Carta del 13 de noviembre.

<sup>19</sup> Ver BRAVO VILLASANTE, Carmen: *Vida y obra de Emilia Pardo/Bazán. Correspondencia amorosa con Pérez Galdós*. Ed. Magisterio Español, S. A., Madrid, 1973, pp. 150-152.



y enfermizo... Su rectitud, amabilidad y generosidad lo dotan, además, de una aureola que sirve de freno o barrera espiritual ante quienes se sienten atraídos por su esposa, cuyas propias perfecciones representan otra barrera previa.

Así lo atestigua Infante, que se dice enamorado de su prima Augusta e intentando seducirla: «precisamente las cualidades que le atribuyo [comenta Galdós/Infante], ponen una barrera moral entre ella y yo». Para superarlo tendría que *exonerarla* de tales perfecciones<sup>20</sup>. De ahí que su instinto busca y encuentra pretextos con que vencer estos obstáculos en los indicios de que «Augusta no es ni con mucho el arquetipo de perfecciones que imaginé [dice], llevado de aquel prurito de idealización». Sus reparos y estos afanes indican que, como Galdós suele decir, «en las pasiones humanas entran siempre por lo común todos los estímulos que corresponden a las diferentes regiones que componen nuestra naturaleza. Decir amor de corazón, amor de imaginación, amor de sentidos, es no decir nada, o expresar abstracciones sin valor alguno en la realidad. Todo marcha con orgánico engranaje, y ninguna parte de nuestro ser [asegura Galdós/Infante] se emancipa de las demás que lo constituyen». Así, el conflicto entre el deseo y este tipo de obstáculos espirituales se mantiene, según afirma acto seguido Infante al referir su relación con el esposo: Tomás Orozco es «el hombre más completo que imaginarse puede, (...) persona que deberíamos tomar por modelo para cumplir nuestros deberes humanos y sociales»; amigo que «me demuestra vivísimo afecto, me rodea de delicadas atenciones cuando voy a su casa, me recuerda la estimación que su familia tuvo siempre a la mía y su padre a mi padre, y con esto ha traído a mi alma una turbación», ya que «me tengo por un miserable si lo que espero llega»<sup>21</sup>.

Éste conflicto, que en Infante y en algunos otros contertulios que concurren a casa de Orozco y Augusta sólo existe y se mantiene en intención, prefigura el que, cumplido de hecho en uno de ellos, tendrá trágicas consecuencias. Entre los asistentes sospechosos señala Infante, comido por los celos, que «el más puntual, el infalible, es mi detestado rival Malibrán, perito en bellas artes, en modas, en política extranjera, y sobre todo en mujeres, pues se las da de Tenorio, (...). Te juro [asegura en su carta del 16 de Diciembre a X] que si llego a persuadirme de que este brillante majadero consigue, como al parecer es su intención, *robarle el albedrío* a mi adorada prima, vamos a tener aquí una tragedia».

Aunque son muchos otros los contertulios y actitudes espirituales que dejo sin presentar, para no alargar este artículo con cuestiones que no parecen nucleares, es indispensable decir algo de Federico Viera, cuya simpatía, según destaca Infante, se une a «su ingenio, que sería fecundísimo si lo cultivara; sabes [explica a su amigo X] que jamás se queda en los términos medios; que en sus simpatías y aborrecimientos va hasta el furor, y que su desmedido orgullo suple en él, como en otros muchos, las energías de la convicción para sostener cualquier idea»<sup>22</sup>. Su antigua amistad con Orozco se explica porque sus padres tuvieron en común *La Humanitaria*, y aunque aquella sociedad de seguros terminó mal, y el padre de Federico, al que se acusó de estafa, dejó sobre éste aquella *mala sombra*, junto con la costumbre de vivir en la riqueza y sumido en la pobreza, su amistad con Orozco se mantuvo, y Federico, con su

<sup>20</sup> 23 de noviembre

<sup>21</sup> 25 de noviembre

<sup>22</sup> 17 de diciembre

simpatía, trampeando, y pese a su fama de jugador empedernido, siguió alternando con esta élite de ministros, ex-ministros, diputados, etc.

A la vez que presenta a los personajes, va mostrando Galdós, en relación con distintas situaciones, algunas de sus particularidades espirituales. Por ejemplo, los devaneos y pavor que Infante dice sufrir (como Galdós cuenta de sí mismo<sup>23</sup>) al hablar en público y sentirse obligado a hacerlo ante las Cortes. Pero la cuestión central, la que da continuidad al relato, es la degradación y traición que Infante siente por su conducta e intenciones: «¡Ah!, en la voluntad mía [dice en su carta del 20 de Diciembre], ya he ultrajado al hombre sin par, modelo de nobleza y rectitud». Busca disculpas a su claudicación espiritual, además de en la carne, en la cultura occidental, la época, las costumbres, la moda, que dan lugar a tantos casos de «esposos de mérito, burlados y



*Fortunata y Jacinta*

escarnecidos», pero su sensación de auto degradación se mantiene y expresa de mil modos hasta el final. El atrevimiento de Infante con su prima Augusta, de cuya honradez duda, se apoya en «la tesis general de que a ninguna mujer, aunque sea la misma honradez y la castidad en persona, le desagrade que se chiflen por ella». Pero esto no alivia su sensación de traición a Orozco, por más que el verle acusado en ciertos lugares de tener abandonada a su mujer «me daba [confiesa] cierto gusto perverso»<sup>24</sup>.

Al fin, tras varias pesquisas que le aconsejan borrar de su mente el *no puede ser*;

<sup>23</sup> En su citado *Discurso de ingreso en la RAE* dice que ante el deber de disertar sentía *turbación* y su ánimo se balanceaba *entre el respeto y el pavor*.

<sup>24</sup> 26 de diciembre.

tras visitar a Federico Viera y sorprenderse por su estrecha y generosa relación con sus sirvientes; tras hablar con *La Peri*, que es una echadora de cartas y prostituta en la que ve cierta dignidad y honradez, y en la que busca la información que supone acumulada en las visitas que, según se dice, le prodigan unos y otros; tras saber que la pasional relación amorosa que ésta tuvo con Federico se ha trocado en «familiar y honesta amistad», como la de *matrimonios viejos*, Infante dice tener una *revelación*, un *soplo sobrenatural*, «un aviso de *alguien* [con cursiva en el original] superior y externo», de que «Augusta no es honrada; Augusta tiene un amante». Infante explica (según dispone el realista Galdós) que esa misteriosa *revelación*, recibida cuando se hallaba «caviloso y con el cerebro lleno de nieblas», pudo ser efecto de un «fenómeno cerebral» por el que tuvo, según refiere, la sensación de que «la idea que produjo no es una idea mía (suya), sino partícula del saber total, venida a mí [dice] (...) engranado en la máquina inmensa del conocimiento universal»<sup>25</sup>.

Es una revelación, o conexión con ese *saber total*, sobre la que Galdós insiste repetidamente, y a la que se añade otra por la cual Infante piensa que el amante es Federico Viera. La duda se mantiene, no obstante, ya que los protagonistas lo niegan y Galdós señala indicios contradictorios. Pero el malévolo Malibrán, rechazado por Augusta y deseoso de venganza, la espía y dice en un bar que conoce su *madriguera* y que sabe quién es su amante. Esto representa un grave peligro de que todo se descubra y de que la importancia y el daño del adulterio se agrande con el escándalo que conlleva en la opinión. Este peligro se muestra siempre sentido en las cartas amorosas de Galdós y sus amantes, que, aun tratándose de personas no casadas, suelen adoptar nombres falsos y todo tipo de precauciones. La vida de Federico Viera se complica, además, aquellos días porque su hermana Clotilde, casi reclusa en casa por carencia de recursos económicos, se acostumbra a convivir con sus sirvientes y, según señala Infante (mostrando la influencia ambiental que Galdós quiere destacar), se acaba enamorando de un vecino *hortera*, al que el *aristocrático* y orgulloso Federico rechaza.

Y en esos días, con el ambiente y tertulia encrespados por enfrentadas versiones y reacciones emocionales que Galdós/Infante refiere respecto a un misterioso crimen ocurrido en Madrid, llega la noticia de que el cuerpo de Federico Viera se ha encontrado, muerto a tiros, en un muladar próximo a la calle Santa Engracia. Es un momento en el que Galdós introduce en el relato de Infante diversas interpretaciones psicológicas sobre el cómo y el porqué de aquella muerte y sobre el trastorno y dolor que en Augusta produce su noticia. Se destaca entonces el lógico e interesado empeño de Cisneros por evitar que la muerte de Federico se asocie a relaciones adulterinas con su hija, para lo cual habla con el juez, con los periodistas, con Leonor (nombre real de *La Peri*), con Malibrán, con Infante y con todo el mundo, asegurando que ha sido un suicidio por insolvencia en las deudas de juego. Es la versión que se oficializa entre sus amigos frente a otras que lo dicen asesinado por el esposo ultrajado, por Augusta, celosa de *La Peri*,... por todas las versiones verosímiles que Galdós quiere señalar en su estudio psicológico.

Pero *la incógnita* se mantiene, ya que ese empeño de Cisneros tanto puede deberse a evitar un deshonor falso como cierto. Todo se aclara por Infante/Galdós al recibir de su amigo X, que parece su propia mente y conciencia, un envoltorio, supuestamente

<sup>25</sup> Cartas del 6 y del 8 de enero.

portado por el señor *Tafetán*, que contiene esta novela epistolar «transformada en el drama o novela dialogada» que es *Realidad*. Es un cambio de forma y contenido que Galdós enfatiza rodeándolo entre bromas de un *misterioso* «poder de adivinación» que ha permitido a su amigo Equis «ver la cara interna de los hechos humanos (...); a la verdad aparente que a secas te referí [le dice], añades la verdad profunda, extraída del seno de las conciencias, y ya tenemos el ser completo y vivo»<sup>26</sup>.

Queda así explicado que Galdós quiere mostrar ahora los antes ocultos pensamientos y emociones, de los que sólo había mostrado las intuiciones y sospechas que estimaba accesibles a la observación de Infante. En *La incógnita* Galdós dispone que se pueda ver, eso sí, lo que Infante piensa realmente, pero no que lo pensado sea real. En la novela *Realidad* cada cual muestra, además de su conducta, su interior, además de lo fenoménico el ser que le atribuye Galdós, que, en definitiva, es, en su papel de creador, quien dispone, en una y otra novela, lo que cada uno de sus personajes parece, hace, siente y es. Es notable que Galdós no se plantea en estas novelas el problema que en el adulterio puede representar, para ese *ser completo y vivo*, la existencia de hijos previos o la generación de hijos espurios, como haría, por ejemplo, en *El abuelo*. En ninguno de los dos matrimonios aquí considerados hay hijos, con lo cual su posible daño y barrera para el adulterio no se plantea en las reacciones psicológicas que vemos expresadas, en pensamientos, palabras y obras, en cuanto entramos en *Realidad*.

Prescindiendo de otras manifestaciones, y yendo directamente a la cuestión del adulterio, éste se descubre enseguida porque, al ver a Federico llegar, Augusta piensa para sí, delatando su sentimiento y disimulo: «Ahí está ya. Cara mía, ojos míos, haceos de piedra. Que ninguna suspicacia, ninguna curiosidad os sorprendan en un descuido de expresión»; y a la vez se descubre que los celosos Infante y Malibrán la observan. Es en estos hechos y manifiestos pensamientos donde se descubre la realidad espiritual, con sus diversos matices: «¡Qué zalamerito viene esta noche!», dice Augusta *para sí* poco después; y en queja amorosa: «¡Ah!, grandísimo pillo, tú me la pagarás. No sabes tú la culebra que tengo enroscada aquí. Deja que yo te coja...». En la tertulia se entremezclan otras cuestiones que también atañen al espíritu. Por ejemplo, Malibrán, reflejando el suyo propio, señala que Orozco no es que sea bueno sin más, sino «que se ha impuesto ese papel, y lo sostiene por algo que se asemeja a la vanidad del artista». Augusta y Federico aprovechan un instante en que se quedan solos para sus, ya transparentes, protestas amorosas y para citarse *allá*, donde ellos saben.

Pero es sobre todo en ese pensar silencioso, en esos *para sí*, que a veces son monólogos larguísimos, donde Galdós señala, magistralmente, las diversas e incógnitas actividades espirituales: pensamientos, dudas, emociones de ira, temor, deseo, etc. etc.. De ellos selecciono en este artículo sólo alguna muestra, base para recomendar que, si hay interés en ello, se lea la novela. Muy significativas, y anticipadoras, son las reflexiones que, parte en diálogo desde sus *dos camas* y parte, más profunda, pensando en silencio, atribuye Galdós a Orozco y Augusta, ya en la primera de las cinco Jornadas de esta novela: «¡Qué lejos de mí, pero qué lejos, veo a mi mujer!», piensa Orozco, viendo que no consigue atraer a Augusta a su afanes de perfección moral. Augusta, por su parte, evoca en su pensar una actitud e incontrolada pasión amorosa similar a la que Galdós está notando aquellos días en la Pardo Bazán, que, tras serle infiel en mayo de 1888

<sup>26</sup> PÉREZ GALDÓS, Benito: *La incógnita*. Carta última de Infante a Equis y respuesta de éste. Accesibles en [http://www.cervantesvirtual.com/bib/bib\\_autor/galdos/obra.shtml](http://www.cervantesvirtual.com/bib/bib_autor/galdos/obra.shtml)

con José Lázaro Galdiano, lo oculta hasta que, acusada de ello por Galdós, le explica que sólo fue una *infidelidad material*, que lo sigue queriendo y que «no me resolví [le dice] a perder tu cariño confesando un error momentáneo de los sentidos»<sup>27</sup>. La diferencia está en que Augusta está casada y en que no ha sido descubierta todavía por su marido; pero ambas coinciden en que incumplen el compromiso personal, en que dicen quererlos *tiernamente*, en que les gustaría confesárselo y en que temen hacerlo, ya que «No me comprendería [dice temer Augusta, como la Pardo], como yo no comprendo las sutilezas de su conciencia». Piensa también Augusta que su fingir con su marido se hace necesario por las valoraciones sociales, que sólo son *fantasmas* que, sin motivo suficiente, tienen desvelados a los dos, lo cual se corresponde con la actitud de la Pardo Bazán, que, como ya hemos visto, se reconoce en ella y manifiesta en una de sus posteriores cartas a Galdós: «Le hemos hecho la mamola al mundo necio que prohíbe estas cosas»; y en otra: «Sólo tú y yo podemos comprender hasta qué punto es disculpable y hasta loable este modo de sentir nuestro; (...) pues el público no es capaz de entender en qué consiste la *bula* que disfrutamos»<sup>28</sup>. *Modo de sentir* que evoca el que Galdós atribuye a Augusta cuando ésta dice pensar, respecto a Orozco: «A mí me desasosiega el pecado y a él la perfección...»; y, aunque habla de *pecado y perfección*, su rechazo a esas valoraciones sociales le lleva a decirse: «Si eso es la santidad, no sé yo si debo desearla». Y, mirando a su esposo dormido y a un cuadro de la Virgen, discurre, destacando así Galdós cierta consciencia espiritual de ese *modo de sentir*: «... los santos deben estar en el Cielo. La tierra dejárnosla a nosotros los pecadores, los imperfectos, los que sufrimos, los que gozamos, los que sabemos paladear la alegría y el dolor. Los puros [concluye, Augusta mirando a Orozco, y terminando así la primera *jornada* de esta novela], que se vayan al otro mundo».

Sus rabiosos celos de *La Peri*, que la asaltan a seguido, se muestran fundados, pues Federico, con quien piensa estar al día siguiente, muestra mucha mayor intimidad moral con aquella que con Augusta. A *La Peri* ayuda Federico y a ella recurre si necesita ayuda económica, cosa que su orgullo no le permite aceptar de nadie más. Se apoyan recíprocamente, y aunque ya no son amantes, sino «tan sólo amigos», esa mujer le inspira una confianza «que no siento [se dice Federico] por ninguna otra».

Además, al recordar que aquella tarde tiene cita con Augusta Federico siente «un ligero chispazo de disgusto». (Como parece sentirlo ya Galdós por la Pardo infiel). Y piensa Federico, señalando así Galdós la complejidad de estas relaciones: «No puedo dudar que me interesa, y no obstante, desearía que ella se cansase y me propusiese el rompimiento...». Reconoce que le gusta y lo ilusiona, pero no le «inspira la dulce familiaridad» que dice tener con *La Peri*. Con Augusta (como quizás Galdós con la Pardo) *se reviste de orgullo social*. Pero «Soy su amante [piensa Federico], su amigo no». Con «ninguna de las dos [lamenta, como podría hacerlo Galdós, que está con Lorenza Cobián y con Emilia Pardo Bazán] puedo tener la comunicación plena y total, consuelo del alma...».

<sup>27</sup> Ver Carta del «Martes, 26. A medianoche». En BRAVO VILLASANTE, Carmen: *Vida y obra de Emilia Pardo/Bazán. Correspondencia amorosa con Pérez Galdós*. Cit., pp. 149-151.

<sup>28</sup> La primera frase es de su carta del «28 de septiembre de 1889», reproducida en HERRERA HERNÁNDEZ, Manuel: *Amores, amorios y rumores en la vida de Galdós*, citado; está sustituida por puntos en la edición de BRAVO VILLASANTE, Carmen: *Vida y obra de Emilia Pardo/Bazán. Correspondencia amorosa con Pérez Galdós*. Cit., p 145; la segunda frase la tomo de la carta de «Paris. Hoy Sábado», publicada en esta misma edición, pp. 170-174, especialmente de p 171.

Es ésta una incompleta satisfacción amorosa en la que Galdós insiste, una y otra vez. Así, Augusta exige que su amor se complete «con la compañía y el apoyo moral recíproco, con la confianza absoluta, sin ningún secreto que la merme, y con la comunión de penas y de alegrías». Pero Federico replica que esa aspiración choca con *la realidad*: «Olvidas [le dice] que estás casada». La conciliación de sus aspiraciones se dificulta porque Augusta pretende que Federico acepte la ayuda económica que ella y su esposo, ignorante de su relación, le ofrecen, lo cual representa para Federico un grave dilema moral: «Si no le impides que esos propósitos se manifiesten, te dejo... no puedo tolerar situación tan degradante, tan vergonzosa». Y ante la insistencia de Augusta llega a decirle: «Todo tiene su límite, y yo sería un miserable si no te dijese



ahora que intentes, que lo intentes siquiera, consagrar a tu marido todos los afectos de tu corazón». Y como Augusta interpretase que ya no la quiere, él explica que no es eso, ya que *estoy dispuesto*, le dice, «a ir contigo hasta donde quieras, menos a la ignominia de recibir beneficios materiales de tu marido». Y Galdós, tras señalar así la influencia del espíritu en las decisiones humanas y renuncias carnales, pasa a mostrar la influencia inversa, y el aplazamiento de la cuestión, cuando Federico, admirando la belleza y «corazón monstruoso» de Augusta, contra el que se estrellan las ideas morales, se dice (como parece decirse Galdós para reconciliarse con la Pardo Bazán) que lo mejor es condenarse con ella, y que «Toda la legalidad del mundo no vale lo que sus ojos».

En la Jornada III, Galdós señala diversos aspectos del proceso en el que la tensión espiritual de Federico se va agravando. Su vida se complica con un nuevo conflicto al verse empujado por *La Peri*, Augusta, Orozco, Infante y otros a aceptar la relación amorosa de su hermana con el *hortera* Santanita, que a él le parece humillante aunque, según le dicen, Santanita sea de espíritu diligente, honrado y simpático. Con este motivo introduce Galdós diversas consideraciones sobre el carácter *democratizador* de tal noviazgo, que, dicho sea de paso, evoca la coetánea tendencia, en la que se sitúa

el desarrollo socialista y, así mismo, el sufragio universal masculino, restablecido por Sagasta al año siguiente (1890). Espíritu de la época al que, en opinión de una de sus sirvientes, se resiste Federico por cabezonería: «¡Empeñarse en que ha de haber clases, cuando la realidad ha dispuesto que no las *haiga!*»; un empeño que se asocia al antifeminismo, al decir: «qué egoístas son estos hombres. Todo lo bueno ha de ser para ellos, y para nosotras, las del bello sexo, trabajos, hambres de amor y el no gozar de nada»; a lo que añade: «¡Ay bello sexo! ¡Qué falta te hacen muchas así [como la hermana de Federico], resueltas y con garbo para darle el quiebro a la tiranía!». Son referencias a la democratización y a la feminista intervención y protagonismo de la hermana de Federico que, atendiendo quizás al ambiente y al deseo de teatralizarlo, fueron muy ampliadas por Galdós en el guión que de *Realidad* elaboró para su representación teatral, tres años después..

Se produce además, con cierto bochorno de Federico, el regreso de su padre, Joaquín Viera, que tiene fama de *sablista* y trae un dudoso documento para exigir a Orozco una importante cantidad de dinero. Su intento es ocasión en que Galdós señala los recursos espirituales de aquel embustero en adulación, fingimiento y toda una serie de amenazas y medios para mover la voluntad de Orozco. Pero éste, que lo conoce muy bien, se niega a pagársela, salvo la parte que estima justa, y dedica el resto de dicha cantidad a establecer una renta vitalicia para Federico y su hermana. Corrige así, dice, el perjuicio que éstos sufrieron por el abandono paterno. Conociendo el aristocrático orgullo de Federico, esta renta se le ofrece como una indirecta *herencia* de su padre, y encarga a Augusta que lo convenza para que la acepte. Así, asegura Orozco a Augusta, corregimos «una grave anomalía social»; y «éste placer, este regocijo de conciencia» es «el único goce efectivo». Y el difícil entendimiento entre esta visión de la vida y la de su esposa, más inclinada al *goce* físico, es destacada por Galdós cuando Augusta, que duda de si dicha conducta de su marido representa la perfección humana o es signo de locura, siente impulsos de adorarlo de rodillas y decirle: «nada hay entre tú y yo que nos una, nada que humanamente nos ligue, nada más que el lazo del culto que te debo y que te tributaré. Soy poco para ti en el orden espiritual, porque soy simplemente una mujer. Eres mucho para mí porque has dejado de ser un hombre».

La situación de Federico se hace insoportable en la Jornada IV, ya que Malibrán, pese a ser un diplomático cultivado y muy pagado de sí mismo, se dice dispuesto, impulsado por su *despecho*, a no parar hasta «abrir los ojos a ese Orozco bendito, que para todo tiene vista de lince y sólo para las desviaciones de su mujer padece de cataratas». Desoye Malibrán la «vocecilla impertinente» que le susurra por dentro que esa «es una empresa de perfidia y traición», y lo va difundiendo entre unos y otros. Incluso lanza irónicas puyas a Augusta sobre sus conocidas *perfecciones morales* cuando ésta rechaza sus insinuaciones amorosas. En este desarrollo del asunto central va Galdós señalando diversos aspectos psíquicos que matizan este adulterio: asocia a la psicología femenina la tendencia a la crítica de los peinados, tocados, vestidos y escotes de otras mujeres (en las que parece verse la competencia) y muestra el carácter elitista de los protagonistas de estos hechos, que se ven en el teatro de la ópera y manifiestan sus cultivadas opiniones sobre las obras y los actores. El temor a ser descubiertos motiva la angustia con que Augusta comunica a Federico, en un rápido aparte, lo que Malibrán le ha insinuado que sabe, a la vez que se citan para verse a solas y discutir la cuestión de la *herencia* prevista por Orozco, que Federico dice sentir radicalmente inaceptable.

En este radical rechazo de Federico parece mostrar Galdós un sentimiento del honor en la conciencia, además del de la opinión que perdería si lo aceptase y se conociese. De ahí que, cuando su amiga Leonor (*La Peri*) le insiste en que debería aceptar la ayuda de aquella *ricachona*, Federico le explica que si con ella se ayuda sin deshonor es porque «nos entendemos en secreto... Quizás si tus auxilios se hicieran públicos, yo los rechazaría con horror. Pero es el caso [recalca] que de otras personas, bien seguro estoy de ello, no los recibiría ni aun ocultándolos con el mayor sigilo». Y esto es así, viene a sugerir Galdós, porque la sociedad no concibe la limpia amistad de Federico con Leonor, sino que sólo ve en ésta a *La Peri*, y en quien de ella recibe dinero un *chulo*. Esto es lo que Malibrán da por hecho en sus comentarios y lo que dicta *la lógica social*: «Es de clavo pasado [le dice *La Peri*] que, tratándose de señora rica y de amante pobre, lo primero que se diga es que ella le paga a él las trampas». Y Galdós (que nunca fue sospechoso de tales cosas, aunque, como Federico, mantenía entonces amores con una *señora rica* y «vivió a rastras de los prestamistas»<sup>29</sup>) destaca ese inevitable y peligroso juicio popular al lamentar Federico: «¡Le parece a uno fácil exceptuarse de la lógica vulgar de la vida, y es tan difícil, pero tan difícil...!»). Entre estos temores y tensiones, decide al fin Federico visitar a su hermana para reconciliarse con ella y se topa allí con Tomás Orozco, que la ha visitado para prestar su apoyo al matrimonio con Santanita. En este encuentro fortuito, que se prolonga al irse juntos Federico y Orozco, parece situar Galdós un momento crucial. Orozco insiste en que Federico acepte la renta derivada de la *herencia* de su padre, que Augusta le ofreció por escrito y le ha dicho rechazada; pero Federico se niega rotundamente, oponiendo una serie de pretextos para ocultar su verdad. Cuando se separan Federico se encuentra aturdido. Piensa que quizás fuera mejor decir a Orozco la verdad, antes de que otros, quizás Malibrán, se lo digan; pero la caballerosidad que Galdós le atribuye le induce a no hacerlo,... porque eso sería delatar a Augusta. Piensa en el suicidio como salida, porque ni puede pagar sus deudas ni «Recibir mi salvación [se dice] del hombre a quien he ultrajado». Bajo el peso de esa imagen de indignidad busca la soledad, algún lugar donde ocultarse. Pero al sentarse en un restaurante, ya en desvarío, cree ver a Orozco que se le acerca y habla con él, diciéndose uno y otro las razones que Galdós atribuye a la conciencia de Federico, que, firme en mantener su honor, concluye: «No te canses, Tomás. Yo no puedo declararme a ti. Pero lo que mi lengua no acierta a decirte, cien lenguas del mundo te lo dirán. Francamente, no me importa nada que me mates». Es decir, Federico se debate entre su propio modo de pensar y el que atribuye a las *lenguas del mundo* y al ultrajado Orozco. A partir de aquí, Federico mantiene a solas un devaneo espiritual sobre si lo que recuerda será realidad o sólo pensado; cuando se encuentra con Orozco, de verdad, duda de si será alucinación; y ya en su casa, vuelve a creer real la imagen que de Orozco forja su mente. Con él imagina que habla, agradeciéndole su oferta, que supondría una vida grata, sin problemas económicos, por la que Federico parece tentado, pero su espíritu se impone, y le explica (se explica) al fin que no puede aceptarla «habiendo pervertido [le dice] a lo que más amas en el mundo, que es tu mujer». Y aunque su conciencia se defiende, atribuyendo a la sombra de Orozco la idea de que «el amor material queda en la categoría de instinto, y es enteramente libre», y que en la «esfera de las ideas puras» Augusta no es suya, Federico concluye que

<sup>29</sup> Ver HERNÁNDEZ, Manuel: *Amores, amoríos y rumores en la vida de Galdós*, citado, donde consta que así lo contó «Su criado Victoriano Moreno».



tendrán que irse a ese mundo ideal, «Porque aquí [discurre] los dos vivimos deshonorados, yo por haber seducido a la que el mundo llama tu mujer, y tú por ser ley que se deshonoré el que pierde a su compañera, aunque ella sola sea responsable de la falta». La angustia de Federico, que se ve impelido al suicidio por esa imaginada invitación de la sombra de Orozco para trasladarse al señalado mundo ideal, no sólo se debe al simple adulterio, sino al hecho de que, según razona en su devaneo, con él traiciona, en este caso concreto, a su amigo y, además, a que, aunque rechace la ayuda que éste le ofrece, «ya no evitas [supone Federico que le dice Orozco] eso que los puritanos llamamos deshonor, pues todos nuestros amigos dicen que Augusta te paga las trampas y te da para tus gastos». Sintiendo así acusado y deshonorado, Federico acusa a su vez a Orozco, al que reprocha que llame a Augusta *su mujer*, porque, «apenas haces ya [le dice] vida marital con ella. (...) Tu perfección moral te ha elevado sobre las miserias del mundo fisiológico. ¡Mérito grande! Pero Augusta no entiende de esas perfecciones: me lo ha dicho. Es humana, y no le hace maldita gracia parecerse a los serafines». Parece, pues, que los tres participan, según Galdós, del deshonor que este particular adulterio conlleva, ante la opinión y ante sus propias conciencias.

En consecuencia, Galdós inicia la quinta y última *jornada* de esta novela en tono de tragedia. Federico llega a su cita con un revolver en el bolsillo, dispuesto a terminar con quien los espía, y en su aspecto se observan las huellas de sus tensiones y mala noche precedente. La impetuosa y apasionada Augusta, viéndole así, se muestra amorosa con él y dispuesta a disfrutar durante los dos días que su marido permanecerá de caza en *las Charcas*, pero Federico, preocupado por el peligro inminente, le dice temer que ya Orozco lo sabe todo, porque Malibrán ha ido con él; y que, en todo caso, su «secreto no puede defenderse ya», con lo que pronto ha de haber víctimas. Federico asegura que por él no le importa, y se dice dispuesto a pegarle seis tiros a quien entre allí; pero Augusta horrorizada, clama porque todos vivan, y replica, introduciendo así Galdós otro matiz de las convenciones sociales, que ella es «la más culpable: tú [dice a Federico] eres hombre, eres libre. Yo soy mujer casada, y falto a mis deberes»; pero cuando Federico lo reconoce así diciendo que «Según la justicia vulgar, eso sería lo más derecho», y que posiblemente Orozco la mate a ella, Augusta protesta, diciendo que el querer a otro «no es motivo suficiente» y que ella quiere y se siente con derecho a vivir «y gozar [dice] de la vida que Dios me dio». Federico insiste en que ha de haber alguna víctima, que prefiere ser él, y que lo injusto sería, aunque posible, que, en atención a esas convenciones, muriese Orozco en duelo con él, que no se siente capaz de tolerar sus injurias, aunque estima que serían muy justas. La tensión espiritual de Federico se va agravando con varios otros matices que Galdós señala como precursores de su final. Augusta le exige ser *su dama de confianza*, su «amiga del alma», y mientras Federico siente ese puesto ocupado por *La Peri* y dice *para sí*, «Mi amiga no, mi amiga no», ella, que no ve tal pensamiento, sigue exigiendo su exclusividad: «Tu amiga, tu *Peri* [le dice] soy yo y nadie más que yo». Y Federico, *delirante* y atormentado por esa idea, contesta: «Eres mi *Peri*, y mi no sé qué, y yo soy tu perdis y tu chulo, y tu qué sé yo qué...»; y al pensar en esto de nuevo siente que le acometen con furia sus ideas de suicidio, anteponiendo su honor a tales hechos. Se deja seducir, pese a todo, por la apasionada Augusta, y comparten una *fugaz* felicidad; mas cuando ella insiste en poseer totalmente lo que lo «constituye; la persona visible y el espíritu», y en compartir con él sus riquezas, Federico se niega, y le recrimina que no vea el inmoral y traicionero ultraje que eso

conlleva contra Orozco, lo cual da pie a que Galdós, contraponiendo dos momentos en que alterna el predominio carnal y el espiritual, deslice, zumbón, un comentario jocosos en la réplica de Augusta: esas *ideítas morales* las vemos, le dice, «al volver de la excursión del amor; a la ida (...) no las vemos». Augusta se mantiene firme en que Federico debe aceptar aquella *herencia* y no sacrificar «tu felicidad y la mía [le dice] al respeto social, a esa paparrucha del *qué dirán*, a la opinión de cuatro estúpidos»; pero Federico se siente incapaz de vivir con tal carga en su conciencia. Piensa además que todo se sabrá pronto.

Augusta insiste en que nada importa si ellos dos se quieren, y lo presiona, posesiva, diciéndole que debe hacer lo que ella le mande, que ya no puede, además, evitar que se conozca su ayuda, porque *estás cogido*, le aclara, por los «hechos consumados», ya que Orozco ha pagado tus deudas a varios acreedores. Esta deshonrosa imposición enfurece y trastorna a Federico, que, tras reñir verbalmente por ello con Augusta y beber una copa más, dice sentirse muy mal y, descompuesto, manifiesta airado su rechazo a la imaginada sombra de Orozco, que



Pérez Galdós y Emilia Pardo Bazán

ahora evoca burlándose de él porque con aquel efectivo pago de sus deudas, que la sociedad ha de considerar aceptado por Federico, aunque esto sólo sea aparente «te pones [imagina que le dice la sombra de Orozco] al nivel de tu bajeza». El trastorno de Federico, que nunca lo acepta, le lleva a decir: «No; esto no es, esto no puede ser real...»; y dirigiéndose a Augusta le pregunta: «Leonor, ¿tú le ves?». Es decir, en una especie de justicia galdosiana, Federico se siente el *chulo* de Augusta, a la que confunde con *La Peri*, y así pagará con su pérdida de honor en la opinión el castigo merecido por la *bajeza* de traicionar a su amigo. De ahí que, irritado ante dichas burlas de *la sombra*, que al irse le dice que vivirá encenagado por la deshonra, porque le falta valor para suicidarse, se pega un tiro en el costado y, tras desprenderse de Augusta y su sirviente Felipa, que intentan retenerlo y curarlo, se marcha corriendo al muladar cercano y se da otro tiro en la frente. Ellas corren tras él aterradas, pero al hallarlo ya muerto, Augusta, anonadada, se deja llevar a casa por Felipa, antes de que la gente acuda y las encuentre allí.

Tras este parcial desenlace, Galdós presenta, en el drama que se produce al día

siguiente en casa de Orozco, diversas emociones y pensamientos: el rencoroso Malibrán rumia su despecho y nuevas venganzas; Villalonga, otro de los amigos y tertulianos habituales, dice que la conducta de Augusta es «el mal de la época», resultado lógico de la vida «de recepciones, galantería, sibaritismo, comidas, y el charlar ingenioso y pérfido entre los dos sexos»; los sobreabundantes amigos que la curiosidad trae aquel día al lugar del drama muestran, al preguntar por Augusta, cierta avidez por descubrir secretos en la cara de Orozco, que, consciente de ello, y ya enterado de las muchas versiones que sobre la muerte de Federico circulan por Madrid, se hace impenetrable y comenta a un familiar que aquello parece un «museo de la opinión expectante y muda». Por otra parte, Felipa, la sirvienta que acompañó a Augusta la noche anterior, la tranquiliza asegurándole que todo aquel lugar está limpio, que no queda huella alguna de su presencia. Lo que sí le queda pendiente, y en ello muestra Galdós una clave del desenlace final, es hablar con su marido.

Ante su entrevista con Orozco, Augusta se dice aterrada, pero disimula y contesta con evasivas a las insinuaciones de su marido, que, en vista de ello, plantea directamente la cuestión: «Si es falso [le dice], desmíentelo; si no lo es, que yo lo sepa por ti misma». Augusta, que se dice dispuesta a morir antes que a confesar, lo acusa de dar crédito a tales infamias. Pero Galdós señala en su pensamiento mucha mayor complejidad, ya que Augusta no sólo se pregunta si Orozco lo sabrá y si la querrá perdonar, sino también si, en tal caso: «¿Ese perdón vale? El perdón de quien no siente, ¿es tal perdón? ¿Puede un alma consolarse con semejante indulgencia, venida de quien no participa de nuestras debilidades?». Galdós señala que al atribuir a Orozco esa insensibilidad Augusta se equivocaba, ya que éste, al verla mentir y al perder así su confianza y amor hacia ella siente que se arranca «la mitad del alma, y temo [piensa] que mi serenidad claudique», que se deje llevar de la humana pasión y reaccione con violencia. Siente que al perderla pierde *el encanto de su vida*, y aunque se consuela pensando que quizás así se libre de sus ataduras «a las bajezas carnales...», espera todavía y, en frase que recuerda lo ocurrido con Emilia Pardo Bazán, piensa: «Si me confiesa la verdad, toda la verdad, la perdono y procuraré regenerarla». Hay un momento en que, como si Galdós mostrara tácitamente una especie de comunicación telepática, Augusta vacila: «No sé qué siento en mí... un prurito irresistible de referir cuanto me ha pasado, mi falta, mi pena inconsolable...»; pero al fin se siente humillada y niega decididamente, con lo que Orozco decide también: «Me engaña miserablemente. Peor para ella. Desgraciada, quédate en tu miseria y en tu pequeñez». Es un rechazo que Galdós no parece atribuir al adulterio, sino a ese desleal *engaño*; algo que él mismo había sentido, incluso sin matrimonio, y que, pese a su aparente reconciliación de un año después, acabaría pronto con su relación amorosa, por mucho que la Pardo insistiera en sus cartas<sup>30</sup>. Todavía señala Galdós, mostrando cierta reticencia ante la espiritual actitud de Orozco, un momento en que su autocontrol flaquea y, colocado tras Augusta, piensa, apretando los puños: «Por qué no te impongo el castigo que mereces, malvada mujer? ¿Por qué no te...?»; pero renuncia a ese brutal instinto «del macho celoso», que destruiría la serenidad adquirida con tantas renunciadas previas para mutilar sus pasiones. Y tras esta oculta reacción, que Augusta ignora y parece echar de menos, se

<sup>30</sup> En enero de 1891 nacería su hija María de la mantenida relación con Lorenza Cobián, y en ese mismo año o 1892 comienza su relación con la joven actriz Concha Morell. Según indica el tan citado HERNÁNDEZ, Manuel: *Amores, amoríos y rumores en la vida de Galdós*.

produce la desconexión definitiva: Orozco la desprecia por su carencia espiritual; y ella lo desprecia a su vez por la espiritualidad inhumana que le atribuye. En adelante los dos se sienten solos, divorciados o viudos; y volviendo, «como si tal cosa», a su vida ordinaria, dispuestos a disimular ante el mundo, sólo se comunican las insulseces propias de gestiones, recados y demás cosas cotidianas ajenas a una relación amorosa.

Pero el broche final lo pone Galdós cuando Orozco, intentando depurar, desvelado, su terrible crisis, juzga indecoroso para su espíritu «elevar tales menudencias al foro de la conciencia universal». No importa, se dice, el juicio de los demás, «y tú sé para ti mismo lo que debes ser en ti, compenetrándote con el bien absoluto». Y, apoyado en el alfeizar de una ventana, contemplando la inmensidad del Universo, pondera la escasa importancia de que «un gusanillo insignificante llamado mujer quiso a un hombre en vez de querer a otro». Pero Galdós, que no ha sido insensible a las infidelidades sufridas, indica que, pese a que Orozco es tan extraordinariamente espiritual y a que intenta no pensar en ello, se ve asaltado por el deseo de explicarse el trágico suceso, y esos pensamientos». Se apoderan de mi mente [se dice Orozco] con despótico empuje, y tal es su fuerza plasmadora, que no dudo puedan convertirse en imágenes perceptibles, a poco que yo lo estimulara». Y, para que esa plasmación sea científicamente explicable, el realista Galdós la presenta cuando Orozco se queda dormido y, supuestamente soñando, evoca la sombra del ya difunto Federico, con los hechos y sucesos vividos con su esposa, porque, según dicha sombra, Orozco, aun atendiendo a «la conciencia universal», y con sus «extraordinarias perfecciones», has tenido, supone Orozco que la sombra le dice, «flaquezas impropias de un hombre de tu altura moral», queriendo ver, le (se) acusa, incluso el acto carnal del adulterio; cosa que Orozco, cual si rindiera cuentas a su conciencia, reconoce diciendo: «a pesar de mis esfuerzos, (...) no he podido menos de ser a ratos tan hombre como cualquiera». Y al explicar a la supuesta sombra, cómo ha conocido la verdad sobre sus amores con Augusta, enumera una serie de indicios a los que añade «un no sé qué, un misterioso sentido testifical», que esta vez dice notado en los ojos, en el eco de la voz, y hasta en el calor del aliento de Augusta, pero *misterio* al fin, que Galdós deja caer en varios lugares de estas obras cual si quisiera señalar que existe una fuente de información sobrenatural o, al menos, colectiva. Así lo insinúa, aquí mismo, cuando Orozco asegura a la sombra de Federico que de su «estudio de la conciencia universal e individual» deduce «que moriste [le dice] por estímulos del honor y de la conciencia; te arrancaste la vida porque se te hizo imposible, colocada entre mi generosidad y mi deshonra». Esto, le reconoce, es signo del bien y «de grandeza moral». Es decir, según parece querer destacar Galdós, tanto Orozco al juzgarlo como Federico al suicidarse, prescinden del hecho instintivo del adulterio en sí (que según ellos no sería apenas condenable para el hombre que seduce a la esposa de un desconocido), y destacan la importancia de la deslealtad y vil traición al amigo que, para más agravantes, le estaba favoreciendo generosamente. Pero si el aceptar esto y vivir bien sugiere Galdós que hubiera sido una indignidad de Federico, el rechazarlo es, aunque haya otras muchas flaquezas condenables, merecer el perdón y el abrazo que el espiritual Orozco le pide y se dan como final de la obra.

Podemos, pues, concluir que Galdós demuestra, como antes hemos visto, un notable interés por el tema del adulterio; que lo presenta un problema enraizado en la sociedad occidental desde la Grecia antigua; Que en su primera novela evoca este tema y el tratamiento que de él se hace en la obra de Homero y en la de W. Shakespeare;

que al volver sobre él, veinte años después, sitúa este caso concreto en la realidad madrileña del último cuarto del siglo XIX, enmarcado por las tendencias democráticas y feministas, entonces incipientes; que atribuye el adulterio a posibles carencias de comunicación sincera y/o amor entre los cónyuges, a posibles diferencias en sus pasiones carnales y espirituales y al alterne o trato social continuado entre ambos sexos; que no se plantea en estas novelas el problema de los hijos previos al adulterio ni de los posibles adúlteros; que Galdós parece reflejar en estas novelas algunas de sus personales vivencias, dándose el caso de que Emilia Pardo Bazán se dice reconocer, por sus relaciones amorosas con Galdós, en Augusta; que quizás por sus citadas vivencias y circunstancias, Galdós no parece dar importancia a la *infidelidad material* en sí, sino a la deslealtad que siempre conlleva, al engaño personal y a la humillación social que la esposa adúltera infringe a su marido; que en el varón soltero que participa en el adulterio femenino lo más denigrante es, si la hay, la traición al amigo, y que esta traición se agrava y envilece al recibir favores del amigo ultrajado; que el instinto obscurece y reduce en principio la percepción de daño personal y peligro de escándalo social, que en más o en menos existe siempre, eludiendo así la sensación de culpa e inmoralidad, que se hace perceptible *al regreso de la excursión del amor*; que el escándalo y el mayor daño se produce al descubrirse los hechos, que, pese a ser cuidadosamente ocultados, suelen conocerse siempre, dado que las sociales conductas adúlteras, además de acechadas por los interesados, se acompañan de anomalías indiciarias que sus protagonistas pueden no advertir, pero que se detectan por su disonancia con los usos y *el saber universal* compartidos en la sociedad de quienes conviven con ellos. ●

# EL LIBERALISMO SEGÚN EL PADRE CASTELLANI

**R.P. DR. JAVIER OLIVERA RAVASI, SE**

Conferencia dictada en la Asociación de empleados de comercio de Rosario (Argentina)

Hay entre las ideas modernas ciertos postulados que tanto se han impregnado en nuestros puntos de vista, en nuestras costumbres y en nuestros pensamientos que, por momentos, resultan muy difíciles de descubrir. Uno de ellos es la ideología liberal de la cual nadie está exento.

El término «liberalismo» arrastra consigo una equivocidad y una confusión semántica pocas veces advertida. «Liberal» puede llamarse tanto al hombre generoso como a la mujer sin pudor; «liberal» puede ser tanto una teoría socio-económica como un católico que quiere vivir su religión «como él la siente».

«Liberal» puede ser alguien de derecha o alguien de izquierda, si entendemos por esto, que ambos son «progres» que rechazan todo lo que existió antes de que ellos llegasen al mundo.

Es decir, son varias las acepciones de la palabra, pero... ¿qué es el liberalismo? ¿Qué comprende este nombre? No nos estamos refiriendo, claramente, a la virtud dependiente de la justicia, sino a una ideología o a una idea falsa acerca del mundo<sup>1</sup>. Se trata de una de las corrientes principales de la cultura moderna que busca la exaltación de la libertad, haciendo de ésta el fin último del hombre y que podría definirse como esa cosmovisión que proclama la autosuficiencia del hombre respecto de la recta razón y de la revelación.

Pero veamos primero la concepción de la libertad, de la cual, aparentemente, viene la palabra «liberalismo».

## 1. El problema de la libertad<sup>2</sup>

En su famosa encíclica *Libertas*, el Papa León XIII definía a la libertad como ese «don excelente de la Naturaleza, propio y exclusivo de los seres racionales que confiere al hombre la dignidad de estar en manos de su albedrío y de ser dueño de sus acciones». Esto es lo principal de la libertad, el ser dueño de sus actos, cosa que sucede sólo con el hombre y no con el resto de los animales. El perro no es dueño de sus actos, pues no puede decidir si seguir o no el hueso, obedeciendo solamente a sus sentidos bajo el impulso exclusivo de su naturaleza no caída; pero el hombre no; el hombre tiene a la inteligencia como su guía.

El perro no tiene libertad para comer o no comer para aparearse o no; sigue su

<sup>1</sup> SARDÀ I SALVANY: *El liberalismo es pecado*, E.P.C. Madrid 1936; MASSINI: *El renacer de las ideologías*; MESSNER, JOHANNES: *La cuestión social*, Rialp, Madrid 1960, 723 pp.

<sup>2</sup> LEÓN XIII: Encíclica *Libertas praestantissimum*.

inclinación y come hasta saciarse, y deja de comer al estar saciado. El hombre no...; el hombre, aunque pueda seguir o no sus instintos, muchas veces va más allá de ellos, incluso contra su propia naturaleza. ¿A quién no le ha pasado de estar satisfecho y seguir comiendo un poco más, aunque supiese que no era bueno para él?

Pues bien, resumiendo, esa facultad que es movida por el bien que se nos presenta como tal es lo que se llama en el hombre la voluntad que, cuando elige moverse o no moverse, se denomina libertad, es decir, la voluntad en movimiento y guiada por la razón (aun cuando la razón misma esté sujeta a esta voluntad en movimiento («*intelligo quia volo*», decía Santo Tomás: «entiendo porque quiero»).

Pero vayamos un poco más adelante... El hombre desea lo que la inteligencia antes le ha mostrado como un bien, sin embargo ¿siempre la inteligencia alcanza la verdad? ¿Acaso siempre desea lo que es bueno? ¿Acaso nunca se equivoca? Claro que sí; sabemos por experiencia que tanto la voluntad como la inteligencia pueden equivocarse pues son facultades imperfectas en el hombre, de allí que muchas veces ciertas cosas se nos presentan bajo la apariencia de bien según aquello de San Pablo: «no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero» (1 Rom 7,19).

Una amistad que no era tal, una pasión que al final nos hizo errar, un sentimiento del cual nos arrepentimos, nos hace pensar que, al final de cuentas, no somos perfectos; es decir, que hay ciertas elecciones que el hombre hace que, no sólo nos hagan peor, sino incluso, «menos hombres», menos racionales, menos libres.

Por eso puede uno hacerse esclavo, pensando que es libre, como decía Santo Tomás al comentar las palabras de Nuestro Señor («el que comete pecado es siervo del pecado»<sup>3</sup>:

Todo ser [...] cuando es movido por un agente exterior, no obra por su propia naturaleza, sino por un impulso ajeno, lo cual es propio de un esclavo. Ahora bien, el hombre, por su propia naturaleza, es un ser racional. Por tanto, cuando obra según la razón, actúa en virtud de un impulso propio y de acuerdo con su naturaleza, en lo cual consiste propiamente la libertad; pero cuando peca, obra al margen de la razón, y actúa entonces lo mismo que si fuese movido por otro y estuviese sometido al dominio ajeno; y por esto, el que comete pecado es esclavo del pecado<sup>4</sup>.

De allí que la filosofía antigua con gran maestría había visto que «sólo el sabio era libre», entendiendo por sabio, aquel que había aprendido a vivir según la naturaleza racional, según la virtud.

Muy bien; hasta aquí tenemos entonces que, ser libre implica vivir verdaderamente como hombres siguiendo los dictados de la razón y del apetito racional, a pesar de equivocarnos cada tanto.

Pero... ¿de dónde nos viene equivocarnos?

Rubén Darío lo respondía inmejorablemente:

En el hombre existe  
mala levadura.  
Cuando nace viene con pecado. Es triste.  
Mas el alma simple de la bestia es pura<sup>5</sup>.

<sup>3</sup> Jn 8,34.

<sup>4</sup> SANTO TOMÁS: *In Ioannem*, 8 lect. 4, n. 3.

<sup>5</sup> DARÍO, RUBÉN: *Los motivos del lobo*.

Esta «mala levadura» es lo que nos hace elegir mal, es la falla que hay en el origen, es el pecado original que nos enseña la teología la que, muchas veces, nos desvía de la virtud, del bien, de la verdad y de la belleza. Es por eso que la libertad no es un valor absoluto, sino relativo, relativo a la verdad que sólo nos hace libres (*Jn 8, 32*).

Pero veamos ahora los orígenes de esa doctrina que, negando el pecado original y haciendo al hombre un ser *a ser*, ha sido llanada, desde sus orígenes, la ideología liberal.

## 2. Orígenes filosóficos del liberalismo

Luego de Santo Tomás, el más grande teólogo y filósofo de todos los tiempos, a partir del siglo XIV, comenzó lo que, en filosofía, se conoce como la decadencia de la escolástica para dejar el paso a un movimiento llamado «nominalismo», una escuela filosófica «de moda» que negaba la universalidad del conocimiento, planteando casi la imposibilidad de conocer la esencia de las cosas, lo que hacía que se cayese, a sabiendas o no, en un enorme escepticismo intelectual y, por ende, en un enorme voluntarismo: «si no puedo conocer la realidad como es, entonces hagamos que sea como queremos que sea», podrían decir.

Esta falta de relación de la verdad de la cosa y el intelecto hará que, a la larga también otras relaciones de verdad se viesen comprometidas. Si la inteligencia no puede alcanzar totalmente la realidad, si no existen verdades universales, entonces tampoco debe existir una ley natural universal, ni una ley divina universal, ni una legislación positiva universal que dependa de cierta Verdad.

Como bien señalaba Caturelli en un sesudo análisis:



Rafael: *Adán y Eva en el Jardín del Eden*, Villa Farnesina, Roma, 1511

Esta ruptura se funda en un concepto de la libertad identificada con la espontaneidad [...], de ahí también que la voluntad sea independiente de la presentación intelectual [...]. Asistimos así, con la primera ruptura entre el orden temporal y el sobrenatural, a la explícita declaración de la autosuficiencia del mundo del hombre. El voluntarismo (occamista) lleva implícita la necesidad de sostener que la misma sociedad civil tiene su origen no en la naturaleza sino en un acto de voluntad del hombre (soberanía popular)



y que el derecho natural no sólo responde a una mera ordenación racional humana sin el último fundamento que es Dios o, más radicalmente, que debe trocarse en un normativismo que concluye por anular el derecho natural mismo»<sup>6</sup>.

La consecuencia será, en última instancia, una corriente individualista que pondrá opodrá la trascendencia a la inmanencia, el salir de sí para el volcarse a uno mismo.

En algunos filósofos podría verse mejor dicha postura:

-Francis Bacon (1561-1626), uno de los padres del empirismo inglés, planteaba que, la única fuente de conocimiento, es la experiencia sensible, siendo, por consiguiente, todo conocimiento exclusivamente individual.

-Descartes (1596-1650), encumbraba a la razón y la voluntad humanas como suprema legisladora del hombre y de la sociedad (*cogito, ergo sum*), donde plantea una verdad independiente de la realidad misma.

-Hume (1711-1776), limitaría nuestro conocimiento de la realidad a las sensaciones y las representaciones y haciendo de la moralidad un mero sentimiento.

-El iluminismo de Rousseau, Diderot, Voltaire, etc., de los siglos XVII y XVIII, dirá que sólo la razón es autosuficiente y el motor de la historia.

De este modo, entonces, el yo comienza a transformarse en la única fuente del conocimiento y al mismo tiempo en patrón exclusivo de la voluntad a-racional.

Como bien señalaba el padre Castellani:

Esas torres monstruosas que ha construido la filosofía moderna, torres levantadas en realidad contra el cielo, dependen todas de la ruptura de la tradición filosófica; ruptura que es en el fondo, como la torre de Babel, un pecado de orgullo. Le dotó al precario intelecto del hombre de los caracteres del intelecto angélico: se lo hizo intuitivo, innato e independiente de las cosas. Esta rebelión de la razón humana contra sus propios límites y contra la realidad es comparable a la rebelión de los ángeles: *non serviam* —no serviré. Y la consecuencia fue que no sirvió de veras, en los dos sentidos: se volvió inservible. Esta rebelión está en el comienzo de la crisis actual y se llama «racionalismo»; y es la más grave de las rupturas de la tradición, después de la ruptura de la tradición religiosa hecha por el Protestantismo. Sus consecuencias fueron trascendentales. La filosofía llegó a decir que es el intelecto humano el que hace las cosas, el que crea la realidad. —¡Pero eso es demencia!—. No lo dicen con estas palabras. Sí, esa demencia es la que dementa al mundo actual<sup>7</sup>.

Es este el fenómeno que estamos viviendo hoy, donde pretende llamarse al hombre, mujer, a la mujer, hombre; donde se quiere des-naturalizar la realidad por medio de la «ideologías autoperceptivas», como sucede con la dictadura de género.

Pero la filosofía no fue el único campo sembrado por las ideas liberales.

### 3. Orígenes religiosos del liberalismo

También en el ámbito religioso puede verse la irrupción del liberalismo, aunque por caminos distintos.

Fue Lutero, el padre del protestantismo alemán quien, a diferencia de los filósofos anteriores, postuló que la razón era «una prostituta» por no haberse borrado del todo el pecado original en nosotros, de allí que nuestra libertad estuviese corrompida

<sup>6</sup> CATURELLI, ALBERTO: op. cit. *Cursivas nuestras*. «Examen crítico del liberalismo como concepción del mundo», *Gladius 2* (1985), 15-38.

<sup>7</sup> CASTELLANI, LEONARDO: *San Agustín y nosotros*, Jauja, Mendoza 2000, 105.

y «reducida a esclavitud»; «sólo se es libre para el mal», decía, de allí que las obras «nada aporten para la salvación»; ahora, la pregunta que lícitamente podemos hacernos es: ¿cómo vincular este pensamiento anti-racional con el liberalismo?

Lo que los filósofos modernos adjudicarán a la razón Lutero lo hará con la Fe individual (*sola fides*, «sólo la Fe»— dirá); basta creer como uno prefiere para salvarse. Ya no cuenta «la Fe de la Iglesia», sino «mi propia Fe», creer «a mi manera». Por eso el revolucionario alemán llegaba a decir: «peca fuerte pero cree más fuertemente aún». Cree como quieras y haz lo que quieras... Interpreta la Biblia como quieras y obra según tu antojo...

Individualismo religioso entonces.

Calvino, uno de sus seguidores, irá más allá todavía, planteando que, si el hombre no tiene libertad sino que Dios lo salva o lo condena à piacere por un puro determinismo, ¿cómo un simple mortal podrá darse cuenta en qué camino se encuentra? ¿Cómo saber si uno se irá al Cielo o al infierno? Pues muy sencillo: como Dios es eterno y lo que quiere lo quiere para siempre, favorece desde siempre a los que irán al Cielo y desprecia siempre a los que quiere en el infierno, por lo que si a alguien le fuese bien en la tierra, pues ese será el signo de que Dios lo quiere en el Cielo, mientras que, si le va mal, señal de que se irá al infierno.

Lo lamentamos por los pobres...

Esta fue (y es) la cosmovisión calvinista que sigue impregnando gran parte del corazón europeo e incluso de aquellos que conquistaron gran parte de Norteamérica: «*in God we trust*», dice la moneda norteamericana, cuando debería decir, en verdad, «*in gold we trust*», como bien lo analizó Weber en su obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*.

#### 4. El liberalismo como credo

Tenemos ya entonces delineados someramente los orígenes filosóficos y religiosos del liberalismo; queda por ver ahora cómo estas ideas se fueron plasmando en la realidad pública al punto tal que un Papa del siglo xx —Pío XII— llegó a decir:

En estos últimos siglos [...] se ha querido la naturaleza sin la gracia... ¡Cristo sí, la Iglesia no! (protestantismo). Después: Dios sí, Cristo no (liberalismo). Por fin el grito impío: Dios ha muerto... (comunismo)<sup>8</sup>.

Muchos movimientos políticos se vieron imbuidos por este pensamiento independiente de la Fe y de la recta razón, comenzando a exigir que la libertad de pensamiento, el individualismo económico y el político, fuesen la regla fundamental del hombre moderno. Y con estas exigencias, una nueva cosmovisión, una nueva visión del mundo (que se transformó en una ideología) comenzó a tener sus nuevos ritos, sus nuevos dogmas y hasta su nuevo credo: la «soberanía del pueblo», «respeto por todas las opiniones», la «tolerancia» a lo que dé lugar y un sinfín de sofismas que hoy ya se nos han hecho carne.

Lo vimos el año pasado, en 2018, en Argentina, con el tema del debate por el aborto: valía lo mismo la postura de un médico especialista en ginecología que la de un travesti trasnochado.

<sup>8</sup> Pío XII: Discurso a la Acción católica en el XXXº de su unión (12 de octubre de 1952).

Y si decimos que son dogmas y mandamientos no es porque se nos haya ocurrido, sino porque uno de los padres del liberalismo, el filósofo ginebrino Jean Jacques Rousseau, él mismo lo planteaba:

Hay pues una profesión de fe puramente civil, cuyos artículos corresponde fijar al soberano [...] que puede desterrar del Estado a cualquiera que no los crea; puede desterrarlo, no como impío, sino como insociable, como incapaz de amar sinceramente las leyes [...]. Si alguien, después de haber reconocido públicamente estos mismos dogmas, se conduce como no creyéndolos, sea castigado de muerte; ha cometido el mayor de los crímenes<sup>9</sup>.

El credo liberal hace que uno plantee la realidad, natural y sobrenatural, como uno la imagina, como uno la concibe, o uno la construye. En este sentido, Dios no es un ser trascendente sino inmanente a la conciencia subjetiva. La norma moral y la misma religión se reducen a un abstracto «amor a la humanidad» como decía Montesquieu. El fin de la virtud moral entonces, no es ya la perfección de la persona sino el bien-estar del individuo, el ben-essere. «Si te hace bien, entonces está bien...».

## 5. Esencia del liberalismo en Castellani

Entre nosotros, ese gran profeta de la Argentina que fuera el Padre Leonardo Castellani, dictó una conferencia magnífica en 1960 que, con el tiempo, fue publicada como una separata de la Editorial Huemul. Se titulaba *Esencia del liberalismo*<sup>10</sup>.

Con su genio singular, nos decía que,

El liberalismo es el movimiento económico, político y religioso que se propone a la Libertad como su ideal, y como el ideal absoluto de la Humanidad.

Y, agregaba:

la libertad no tiene sentido alguno si no se añade el para qué, y sin eso es mejor ni hablar. La libertad es [...] «libertad para todo y para todos menos para el mal y los malhechores.

Es que la libertad es la capacidad del bien, por eso, nos dice,

se podría replicar que esa pequeña libertad amenguada y casi anulada que tiene el malhechor en la cárcel es un bien para él [...]. Así a los pueblos corrompidos o badulaques Dios les quita la libertad, porque es un mal para ellos; y así dijo San Agustín que los pueblos corrompidos solamente pueden ser gobernados por la Dictadura; y que esa Dictadura es un bien para ellos si los reencamina a la honradez, a la virtud.

Y no se equivocaba. Por eso, durante los golpes militares de la Argentina, mayoritariamente el pueblo apoyó, durante un tiempo y racionalmente, la intervención violenta a fin de restaurar el orden y las leyes, a pesar de verse restringidas ciertas libertades exteriores.

Ahora bien, Castellani plantea que el movimiento liberal de la Argentina siempre preconiza que nuestro país se encuentra en un grado de infantilismo decadente y que, por ende, necesita ser gobernado con mano de hierro,

porque en el fondo —nos dice— lo que ellos quieren es la dictadura para ellos; la dicta-

<sup>9</sup> ROUSSEAU: citado por CHEVALLIER, JEAN-JACQUES: *Los grandes textos políticos*, Aguilar, Madrid 1954, 157.

<sup>10</sup> CASTELLANI, LEONARDO: *Esencia del liberalismo*, Huemul, Buenos Aires 1960, 30 pp. (de esta edición son todas las citas).

dura con máscara de Libertad; y los que son corrompidos no es el pueblo argentino sino ellos —y la parte del pueblo que los sigue y no los ha vomitado todavía—.

De modo que la primera razón de esa paradoja que nos tocó a nosotros ver, de que el Liberalismo proclamando LIBERTAD destruyó en el mundo la Libertad y trajo lo que ellos llaman Totalitarismo, es la ambigüedad filosófica de ese estandarte enarbolado en el siglo pasado con *Libertad, Libertad, Libertad*; pero esa ambigüedad era sólo del estandarte, no de los que lo llevaban. Los que lo llevaban sabían bien lo que querían; querían la libertad de comercio, o sea la libertad para el Gran Dinero a fin de llegar al poder del Gran Dinero o sea al actual Capitalismo; y para eso querían gobiernos débiles o sea parlamentarismo, división de poderes, sufragio universal y todo lo demás; y para eso querían una religión débil, el deísmo, y después el cristianismo liberal y hoy día el modernismo.

Hasta aquí Castellani.

Más claro echarle agua. Desde Mariano Moreno, pasando por Rivadavia, Mitre, Sarmiento, Roca, etc., el liberalismo ha planteado que el pueblo argentino, este pueblo gaucho, mezcla de bárbaro indígena y de español e italiano, tiene de humano sólo la sangre, que no debe ser ahorrada.

Por ellos, los grandes pro-hombres de la autonomía argentina frente a la España liberal de principios del siglo XIX, planteaban que las ideas decadentes de la Europa en ruinas no debía ingresar por estos lares, al ser, el liberalismo, ese,

gran movimiento de rebelión antitradicionalista y reformista de la sociedad, que parte de los libros de los Empiristas y Deístas ingleses, se formula en Rousseau, es divulgado por la Ilustración o el enciclopedismo francés, informa a la Revolución Francesa a poco de comenzada; es inseminado por las armas napoleónicas, se impone más o menos en Europa (y aquí) a mitad del siglo pasado, preside la llamada «Organización» de las naciones hispano-americanas, origina por un lado la Democracia-Mito y por otro el Comunismo-Realidad; y quiere sobrevivir hoy día en el llamado Neoliberalismo y Neocapitalismo, del cual *gozamos* una violenta erupción actualmente los argentinos.

Y continuaba diciendo, al hablar de nuestros «próceres» liberales:

¡Ojalá que estén en el cielo actualmente Sarmiento, Urquiza y Mitre!; pero en vida han sido puercos. No es un mal que en la Argentina haya habido traidores y traiciones; el mal está en hacer estatuas a los traidores y adorar las traiciones. En todas las naciones ha habido crímenes; pero una nación que no distingue el crimen de la virtud, no puede ser nación. En San Juan si usted dice un discurso el 25 de mayo y no nombra a Sarmiento, le pasa lo mismo que si en la Edad Media usted hubiera dicho que no había Dios. Eso es religión, no me vengan con macanas: es religión al revés, o sea, una especie de religión satánica [...]. Si a los niños en la escuela se les pone como objetos de reverencia, de admiración y de imitación a hombres inmorales, las bases mismas de la moral quedan minadas. ¿Qué hombres íntegros saldrán de allí?

Y seguimos. Hoy, ¡como en 1960!,

estamos en un impase político permanente, nos retorremos en una especie de pesadilla perpetua, mudamos de postura en la cama del dolor y de la vergüenza como incurables febrilcentes. Tenemos Constitución (dos por falta de una), tenemos Cámaras Alta y Baja (dos por falta de una, y bastante bajas) tenemos sufragio universal adornado de un poquito de fraude, tenemos frecuentes y costosas elecciones (o sea opciones), tenemos esplendorosos partidos políticos con unas plataformas que no te digo nada, tenemos libertad de cultos, libertad de prensa, libertad de reunión, libertad de opinión y libertad de enseñanza (sin tener enseñanza) es decir, tenemos todo el liberalismo entero y verdadero, y esto no marcha.

Y es aquí donde puede verse la unión, a veces imperceptible, entre liberalismo y marxismo, unión que, a muchos, lamentablemente, les parece a veces imposible de ver.



Jacques-Louis David: *El juramento del juego de la pelota, Palacio de Versalles, 1791*

Dostoievski planteaba en una novela memorable que tituló *Endemoniados* y que fue traducida al castellano como *Demonios* que, de padres liberales salían hijos comunistas. Y ello no a raíz de la posible «dialéctica» o contraposición, o rebelión de hijos socialistas a padres capitalistas. O al menos no sólo; sino a raíz de —justamente— su origen. El liberalismo es el padre del marxismo porque tienen una misma matriz, una misma cuna, un mismo epicentro que es el hombre caído, el hombre «nuevo», el hombre separado de su tradición primordial. Por esto nos dirá Castellani que ambas se unen.

Desde la Reforma Protestante hasta el actual Comunismo Ruso existe un proceso continuo de heterodoxia antitradicional («Revolución») que, revistiendo formas políticas, es en su raíz religiosa, y está basado en una mezcla singular de dos viejísimas y en cierto modo eternas herejías cristianas, el pelagianismo y el maniqueísmo. Negación del Pecado Original por un lado y por otro lado exageración del poder del Mal [...]. Pues si el hombre es naturalmente bueno ¿de dónde diablos salen esos horrores y esas tinieblas que disparará la Ilustración y el Progreso? [...]. «Todos somos pecadores y necesitamos la gloria de Dios», decía San Pablo; pero para el liberal genuino hay dos campos, el uno de los elegidos en donde no puede haber el mal (que son ellos naturalmente) y el otro de los malos malazos insusceptibles de todo bien. La famosa Libertad no es para todos; ¡Ah, no!, «no hay libertad contra la (nuestra) Libertad».

Ahora, la pregunta que uno podría lícitamente hacerse es, «¿por qué se extendió tanto el liberalismo si era tan malo, si iba contra la razón y, al final de cuentas, contra el mismo hombre?».

Y Castellani responde que,

no hay error tan grande que no tenga algo de verdad, ni herejía que no se base en un dogma cristiano —en la CORRUPCIÓN de un dogma cristiano—. Las tres divisas del Liberalismo: «Libertad, Igualdad, Fraternidad», no eran más que las antiguas palabras cristianas: Orden, Jerarquía y Caridad, que habían colgado la sotana [...]. Lo que había de bueno en el liberalismo de antaño, de 1820 a 1860, consistía en una especie de ímpetu juvenil contra un montón de cosas que tenían que morir; a saber, el absolutismo de los reyes, inventado por los reyes protestantes; el despotismo demasiado cerrado de los Gremios y Corporaciones medievales y una decadencia en la Religión, que originó en Inglaterra el deísmo y en Francia el filosofismo. Así que toda la juventud europea a principios del pasado siglo se conmovía con ese grito de Libertad, y sabía lo que significaba para ellos esa palabra ambigua, que no lo era para ellos; lo que no sabían era lo que estaba detrás. Se sentían apretados, estrechos y cansados y, al decir ¡Libertad!, decían «queremos salir de esto». Lo que no sabían todos era que detrás de esa dorada y sonrosada Libertad del Liberalismo había primero un error; después una ficción y después una herejía; el error de la libertad de comercio, la ficción de la soberanía del pueblo y la herejía de la Religión de la Libertad —opuesta aunque derivada de la religión de Cristo— [...].

Algo análogo sucede hoy, con ciertos jóvenes, que cansados del marxismo, del estatismo y del populismo, se han volcado al «liberalismo» pensando que era el movimiento contrario, hasta darse cuenta de que, en su esencia, en su origen, ambos son lo mismo.

¿Triunfó esta ideología en los pueblos hispanoamericanos? ¿Triunfó en la Argentina? Es lo que se pregunta el Cura Loco:

El eje permanente de la historia argentina es la pugna entre la tradición hispánica, ya no muy pura, y el liberalismo foráneo, bajo cuyo signo nacimos a la «vida libre» [...]. El pueblo argentino jamás asimiló el liberalismo inglés o francés o norteamericano: no se sabe por qué. Los liberales lo han tenido aquí todo para hacérselo asimilar: el progreso, la moda y la mentira, prensa grande, libros, universidades... y hasta sacerdotes, curas y obispos liberales o liberaloides; y el pueblo argentino no lo asimiló; mala suerte. Cada vez que el pueblo elegía libremente su caudillo [...] eligió un caudillo antiliberal [...]. Esto es para mí una especie de prodigio. Será por inteligente o por tozudo, por falta de religión o por sobra, por falta de cultura o por sobra; pero el hecho está allí, macizo como una roca: el pueblo no quiere a los liberales<sup>11</sup>.

¿Qué hacer luego de ver el diagnóstico? ¿Cómo luchar contra este mal?

¿Matando a todos los liberales? No es ese nuestro sistema, es el sistema dellos. El sistema nuestro es *hacer verdad*, como dije: durante un siglo entero el nacionalismo en España estuvo «haciendo verdad» [...]. A veces por desgracia hay que matar, sintiéndolo enormemente, a alguno, como lo hace Franco, en defensa propia [...]. Es necesario «organizarse férreamente (cosa de la que me parece incapaz) no para tomar el poder a corto plazo sino para hacer Verdad a largo plazo [...]. Creer que el fin último de la Política es alcanzar o arrebatarse el Poder es un error y una estupidez: es el error de Maquiavelo y la estupidez de los políticos baratos y pueriles que nos están moliendo y perdiendo<sup>12</sup>.

## 6. El liberalismo católico

Para terminar, veamos la ideología liberal aplicada al catolicismo, según el padre Castellani. Nos remitimos —entre muchas otras— sólo a una de sus obras, la novela titulada *Los papeles de Benjamín Benavides*, en cuyo capítulo IV se plantea un coloquio

<sup>11</sup> CASTELLANI, LEONARDO: *Seis ensayos y tres cartas*, Dictio, Buenos Aires, p. 138.

<sup>12</sup> CASTELLANI, LEONARDO: *Esencia del liberalismo*, op. cit.

entre un periodista y un judío converso, don Benjamín Benavides. Como siempre, sin desperdicio:

—¿Qué es el modernismo? —pregunté yo.

El judío se rascó la cabeza. Parecía agotado.

—No se puede definir brevemente —dijo con voz plañidera—. Es una cosa que era, y no es, y que será; y cuando sea, durará poco. Técnicamente los teólogos llaman modernismo a la herejía aparentemente complicada y difícil que condenó el papa Pío X en la encíclica *Pascendi*; pero esa herejía no es más que el núcleo explícito y pedantesco de un impalpable y omnipresente espíritu que permea el mundo de hoy. Su origen histórico fue el filosofismo del siglo XVIII, en el cual con certero ojo el padre Lacunza vio la herejía del Anticristo, la última herejía, la más radical y perfecta de todas. Desde entonces acá ha revestido diversas formas, pero el fondo es el mismo, dice siempre lo mismo:

«Cuá cuá —cantaba la rana

cuá cuá— debajo del río».

—¿Y qué dice?

—¡Cualquiera interpreta lo que dice una rana! —dijo riendo el rabí—: es más un ruido que una palabra. Pero es un ruido mágico, arrebatador, demoníaco, lleno de signos y prodigios... Atrae, aduerme, entontece, emborracha, exalta.

—Pero al menos así aproximado, a bulto...; ¡ánimo don Benya, no se achique!

—El cuá-cuá del liberalismo es «libertad, libertad, libertad»; el cuá-cuá del comunismo es «justicia social»; el cuá-cuá del modernismo, de donde nacieron los otros y los reunirá un día, podríamos asignarle éste: «Paraíso en Tierra; Dios es el Hombre; el hombre es Dios» [...]. Éstas son las tres primeras herejías con efecto político y alcance universal; y son las tres últimas herejías, porque no se puede ir más allá en materia de falsificación del cristianismo. Son literalmente los pseudocristos que predijo el Salvador. En el fondo de ellas late la «abominación de la desolación»...

—¿Qué es la «abominación de la desolación»? Tengo entendido que los Santos Padres entienden por esa expresión semítica la idolatría...

—La peor idolatría. Pues en el fondo del modernismo está latente la idolatría más execrable, la apostasía perfecta, la adoración del hombre en lugar de Dios; y eso bajo formas cristianas y aun manteniendo tal vez el armazón exterior de la Iglesia [...]. Queda vacía hasta que otro ocupe el lugar de Cristo en el Sacramento.

Hasta aquí, entonces, Castellani. Menos literario y más literal, fue el gran Padre Julio Meinvielle, amigo y contemporáneo de Castellani quien, al final de su obra *De la Cábala al progresismo*, decía palabras proféticas y similares<sup>13</sup>:

Sabemos que el *mysterium iniquitatis* ya está obrando (II Tes, II, 7); pero no sabemos los límites de su poder. Sin embargo, no hay dificultad en admitir que la Iglesia de la publicidad pueda ser ganada por el enemigo y, convertirse de Iglesia Católica en Iglesia gnóstica. Puede haber dos Iglesias, la una la de la publicidad, Iglesia magnificada en la propaganda, con obispos, sacerdotes y teólogos publicitados, y aun con un Pontífice de actitudes ambiguas; y otra, Iglesia del silencio, con un Papa fiel a Jesucristo en su enseñanza y con algunos sacerdotes, obispos, fieles que le sean adictos, esparcidos como «*pusillus grex*» por toda la tierra. Esta segunda sería la Iglesia de las promesas, y no aquella primera, que pudiera defecionar. Un mismo Papa presidirá ambas Iglesias,

<sup>13</sup> Estas palabras, durante todo mi seminario, las conservé yo (P. Javier Olivera Ravasi) en mi breviario para, cuando me encontraba desolado, leerlas y darme fuerzas.

que aparente y, exteriormente no sería sino una. El papa, con sus actitudes ambiguas, daría pie para mantener el equívoco. Porque, por una parte, profesando una doctrina intachable sería cabeza de la Iglesia de las Promesas. Por otra parte, produciendo hechos equívocos y aún reprobables, aparecería como alentando la subversión y manteniendo la Iglesia gnóstica de la Publicidad.

La eclesiología no ha estudiado suficientemente la posibilidad de una hipótesis como la que aquí proponemos. Pero si se piensa bien, la Promesa de Asistencia de la Iglesia se reduce a una Asistencia que impida al error introducirse en la Cátedra Romana y en la misma Iglesia, y además que la Iglesia no desaparezca ni sea destruida por sus enemigos.

Ninguno de los aspectos de esta hipótesis que aquí se propone queda invalidado por las promesas consignadas en los distintos lugares del Evangelio. Al contrario, ambas hipótesis cobran veorsimilitud si se tienen en cuenta los pasajes escriturarios que se refieren a la defección de la fe. Esta defección, que será total, tendrá que coincidir con la perseverancia de la iglesia hasta el fin. Dice el Señor en el Evangelio: «Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe en la tierra?» (Lc. 18, 8)<sup>14</sup>.

Y no se equivocaba, aunque se quedaba corto, pues hoy hasta la doctrina quiere cambiar la Iglesia de la Publicidad.

Hasta aquí llegamos entonces; hemos intentado analizar someramente los orígenes intelectuales del liberalismo, su concreción en el tiempo y en nuestro limitado espacio y el planteo que el gran padre Leonardo Castellani nos legara para nuestra Patria y nuestra Iglesia.

En tiempos como los nuestros, en que cada vez se muestra más patentemente cómo, a nivel político y eclesial el liberalismo parece haber hecho mella en todas las manifestaciones del hombre, urge volver a intentar cumplir con la divisa castellaniana de «hacer Verdad», es decir, hacer aquello que Jesucristo, la Verdad hecha carne, nos mandó.

¡Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera! ●

<sup>14</sup> MEINVIELLE, JULIO: *De la Cábala al Progresismo*, Epheta, Bs.As., 1994.



# EL DILEMA DE LA IA

**JOSÉ MARÍA MÉNDEZ**

Presidente de la Asociación Estudios de Axiología

Con este título acaba de publicar Rafael Gómez Pérez un breve pero denso libro sobre la inteligencia artificial IA (Ed. Rialp, 2023). Cada vez más se emplea esta sigla para designar los ambiciosos programas informáticos, que contestan a cualquier pregunta, tras haber barrido —supuestamente— toda la información disponible en Internet.

Propiamente este *software* es inseparable del *hardware* formado por los millones de ordenadores conectados en la red y especialmente los utilizados por los autores de esos programas. Pero admitamos de momento que la sigla IA designa sólo esos programas.

Gómez Pérez se parece a Chesterton. No le gusta la lógica, pero la tiene dentro. Razona espontáneamente de acuerdo con las reglas de la lógica. O de modo instintivo, por decirlo así. Quizá por eso pregunta con estudiada intención a Chat GPT, el más difundido de los programas antes aludidos, si es capaz de componer un soneto con rimas en -ente y -eo.

Digamos de paso que las respuestas de Chat GPT están impresas en este libro con un tipo de letra algo más pequeño que el texto propio de Gómez Pérez. Pero quizá hubiera sido mejor emplear cursivas, pues a veces el lector tiene dificultad para distinguir lo que dice el autor del libro y lo que dice Chat GPT, a causa de la escasa diferencia de tamaño entre las letras de ambos lenguajes.

Volviendo al reto que Gómez Pérez hace a Chat GPT, lo esperable hubiera sido que éste contestase que carece de inspiración poética. No ha sido programado para eso. De hecho, en otra respuesta de Chat GPT se lee: *como soy una inteligencia artificial; no tengo o sentimientos en sentido humano* (Pag. 42).

Sin embargo, entre las instrucciones dadas a Chat GPT por sus programadores debe figurar la consigna *no digas nunca que no sabes o no puedes*. Curiosamente, Chat GPT responde al reto de Gómez Pérez con un bizarro y horrible soneto, en que ningún verso es endecasílabo (Pag. 50). No le ha sido muy difícil a Gómez Pérez componer a continuación un soneto de su propia cosecha y demostrar que es mucho mejor poeta que Chat GPT.

En todo caso, este ejemplo deja bien clara la inferioridad de la IA respecto a nuestra inteligencia natural. El programa como tal no puede dar más de lo que se mete en él. Y cualquier intento de programar la inspiración poética es tanto como matarla de antemano.

Gómez Pérez hace otras preguntas a Chat GPT, y ante nuestro asombro éste suele responder con bastante objetividad. Por ejemplo, preguntado sobre el buen uso de la tecnología, contesta: *la tecnología es una herramienta poderosa, y su buen uso puede brindar grandes beneficios. Sin embargo, es responsabilidad de cada individuo utilizarla de manera ética y responsable para contribuir a un entorno digital positivo y constructivo* (Pag. 44).

De hecho, da la impresión de que Chat GPT ha sido programado con bastante honestidad intelectual. No se compromete de ordinario con opiniones propias, sino

que se limita a informar sobre las diversas opiniones que se han dado sobre cada tema concreto. Como mucho, trata de relacionarlas, clasificarlas u ordenarlas de algún modo.

Sin embargo, es obvio el peligro de que otros programas de este tipo envenenen las conciencias con ideologías sesgadas y transmisoras de gruesos errores. El que carece de criterio propio se dejará llevar fácilmente por lo que dice IA, que a priori le parece ser mucho mejor que sus propias opiniones, si las tiene. Dará por supuesto que IA rastrea una información que él nunca alcanzaría por sus propios medios. Dejará de pensar por sí mismo, para convertirse en una marioneta intelectual, manipulada sin resistencia por quienes estén detrás de esos malintencionados y perversos programas.

Ante nuestra sorpresa, de nuevo nos encontramos con una sensata respuesta de Chat GPT al ser interrogado por Gómez Pérez sobre este delicado tema: *A medida que la IA se vuelve más avanzada y autónoma, existe el riesgo de que los seres humanos se vuelvan dependientes de ella y cedan el control a las máquinas* (Pag. 90).

La conclusión que se desprende de lo anterior es que hemos de usar la IA como un instrumento para buscar la verdad, y no esperar de ella la verdad ya dada. Somos nosotros los que tenemos delante el reto de buscarla. Suponer que la IA nos va a poner la verdad en la palma de la mano es tanto como renunciar a ser libres.

También una simple barra de metal duro es un instrumento. Sirve para mover pesos que están más allá de nuestras fuerzas musculares. Pero también sirve para asesinar una persona. Así pues, el dilema está en usar la IA para hacer el bien y no el mal.

La informática ha de ser supeditada a la axiología, si es que una persona desea seguir

siendo libre. La IA no puede substituir a los valores que dan a la vida humana su sentido. Es al revés. Si sabemos antes cuántos y cuáles son los valores que dan sentido a la vida humana, podremos emplear la IA de manera benéfica y provechosa. El autor del libro que comentamos abona este criterio cuando escribe: *Una minoría inventa. Los demás somos simplemente usuarios... La reacción en contra de esto no debería ser tanto una cuestión de seguridad sino, antes que nada, de libertad personal. Esa libertad es el valor ético básico. Sin ella lo demás carece de sentido* (Pag. 89).

Gómez Pérez dedica la tercera parte de su libro a *Cuestiones éticas sobre la IA*. También interroga a Chat GPT sobre esta capital cuestión y obtiene esta respuesta: *Hay coincidencias o incluso unanimidad en los principios básicos de lo que se llama, desde antiguo, la ley natural, precisando que no se trata de una ley biológica sino de una ley moral. No dice «estás forzado a hacer...» sino «debes hacer»* (Pag. 57).

Y poco más adelante añade: *La ley natural es un conjunto de principios éticos universales, que se consideran inherentes a la naturaleza humana y pueden ser descubiertos*



Inteligencia artificial

por la razón humana. Se cree que estos principios son independientes de las leyes creadas por los seres humanos y son aplicables a todas las culturas y sociedades (Pag. 58).

Pero estas insuficientes respuestas de Chat GPT ponen de manifiesto una vez más las carencias de la IA. No hay garantía de que cubra toda la información concerniente a un tema. Menos aún de que haga una crítica adecuada y suficiente de ella. Esto salta a la vista en el caso presente. Chat GPT tendría que haber añadido la elemental corrección lógica que se ha hecho a la llamada *ley natural* y al concepto de naturaleza humana.

En efecto, demos por bueno que la *naturaleza humana* sea una realidad de hecho existente y no sólo un concepto. Aún así, de una realidad que es nunca puede deducirse un *debe-ser*. Hume dejó esto en claro de una vez para siempre. En todo caso, sería al revés. Si algo verdaderamente *debe-ser*, acabará *siendo*. De una manera u otra, más pronto o más tarde, pero acabará *siendo*. Y si nunca llega a ser como debe ser, es que no era verdaderamente un deber ser.

Por eso es incorrecta la terminología *ley natural* o *naturaleza humana*. La axiología es el método adecuado. El deber-ser de lo ético, y aun de lo estético y lo religioso, es objeto de una intuición intelectual y directa, como vieron Max Scheler y Nicolai Hartmann. De ahí que definamos el valor como *lo que debe ser, sea o no sea*.

El contenido sin duda aprovechable de la ética basada en la ley natural y la naturaleza humana puede y debe ser expresado como un Valor de Respeto. Debes respetar lo que es. Debes respetar la naturaleza humana. E incluso antes debes respetar el medio ambiente, las plantas y los animales.

Chat GPT debiera haber mencionado en su respuesta el salto lógico de la doctrina ética que apela a la naturaleza humana, o sea, algo que es y de lo cual nunca se infiere un *debe-ser*. Que no lo haya hecho, nos muestra de nuevo que, por muchas instrucciones se den a la IA, ésta nunca llegará a la inquieta curiosidad de un investigador dotado de iniciativa personal.

En resumen, tras leer los ponderados y ecuanímenes comentarios de Gómez Pérez, yo al menos saco la consoladora conclusión de que IA es *tonta*. Tan tonta como la palanca, la polea o el torno, nuestros primeros instrumentos. Aquí la sigla IA denota tanto los programas más avanzados al estilo de Chat GPT como la materialidad física de los millones de ordenadores conectados en Internet. Es sólo un instrumento a nuestra disposición. Y nada más que eso. Podemos utilizarlo para el bien o para el mal. Sin duda en el cálculo y en la memoria IA no se equivoca nunca y nos supera completamente. Pero esto ella no lo sabe. También es tonta allí donde más la admiramos.

Los *listos* seguimos siendo nosotros, los que poseemos los operadores lógicos, y con ellos el pensamiento y la libertad positiva. Y hasta *muy listos*, si sabemos emplear la IA como un instrumento para hacer el bien. Si la dominamos, en vez de ser dominados por ella. O si subordinamos la informática a la axiología.

La misma expresión *inteligencia artificial* es absurda y contradictoria. Si es artificial, no puede ser inteligente. Y si es inteligente, no puede ser artificial. Para que la IA fuese de verdad *inteligente*, habría que *insuflarle los operadores lógicos*, por así decir. Pero eso sólo Dios puede hacerlo. ●

# DERECHO PREVENTIVO:

## ingresos en residencias de mayores, irregularidades, control judicial

**M<sup>a</sup> DEL CARMEN MELÉNDEZ ARIAS**

Doctora en Derecho, Abogada

La Revista *El Notario del Siglo XXI*<sup>1</sup>, hace referencia a una felicitación política navideña con el siguiente texto: «*que todos vuestros buenos deseos se conviertan en derechos*».

En los tiempos que vivimos, esta frase es el fiel reflejo del sentir de algunos que, quizá sin ser conscientes, adoptan la vieja idea formulada por Rousseau allá por el siglo XVIII, el contrato social o acuerdo de voluntades libres en virtud del cual, los derechos y deberes de las personas son la consecuencia de sus actos voluntarios.

No hay nada nuevo bajo el sol, y la manipulación sigue incólume como si no hubiese pasado el tiempo. En 1987 el Profesor López Quintás<sup>2</sup> alertaba al respecto, definiendo dos figuras; el mercader o vendedor de un producto que pretende «*reducirnos a meros clientes dispuestos a adquirir su mercancía sin ninguna objeción*», consumidores sin capacidad crítica; y el ideólogo, que mediante la demagogia pretende imponer un determinado sistema de ideas.

Las situaciones de vulnerabilidad constituyen un terreno abonado tanto para la demagogia como para los mercaderes sin escrúpulos dispuestos a lucrarse con la debilidad ajena.

En esta ocasión me voy a referir a las irregularidades en los ingresos de las personas mayores en los centros geriátricos, práctica demasiado frecuente y lo que es más preocupante, aceptada socialmente con el argumento del bienestar del afectado, cuando en realidad se pretende la satisfacción de los deseos e intereses de otros.

El envejecimiento de la población es un éxito de la humanidad, los avances médicos, y sobre todo la facilidad de acceso a la sanidad, propician que, la esperanza de vida en España en 2022 sea para los hombres de 80,4 años, y para las mujeres de 85,7 años<sup>3</sup>.

El reverso de la moneda es el incremento de la cronicidad, por dolencias asociadas a la edad que, requieren cuidados de larga duración y paliativos, en el pasado asumidos por la familia.

En la actualidad varios factores como la incorporación de la mujer al trabajo, las rupturas familiares, y sobre todo la pérdida de los valores tradicionales sustituidos

<sup>1</sup> <https://www.elnotario.es/index.php/editorial/12621-de-deseos-y-derechos> El Notario del Siglo XXI - Revista 113 ENSXXI Nº 113 Enero-Febrero 2024.

<sup>2</sup> <https://www.mercaba.org/Enciclopedia/M/manipulacion.pdf>. [https://www.boe.es/biblioteca\\_juridica/anuarios\\_derecho/abrir\\_pdf.php?id=ANU-M-1987-10025700276](https://www.boe.es/biblioteca_juridica/anuarios_derecho/abrir_pdf.php?id=ANU-M-1987-10025700276). Sesión del día 24 de febrero de 1987.

<sup>3</sup> [https://www.ine.es/ss/Satellite?L=es\\_ES&c=INESeccion\\_C&cid=1259926380048&p=1254735110672&pagename=ProductosYServicios/PYSLayout](https://www.ine.es/ss/Satellite?L=es_ES&c=INESeccion_C&cid=1259926380048&p=1254735110672&pagename=ProductosYServicios/PYSLayout)

por el individualismo y una cultura hedonista, reducen cuando menos o eliminan los candidatos dispuestos a aceptar la función de cuidador.

La pérdida cognitiva asociada a la edad es frecuente en las personas mayores, pero no en todos los casos, muchos son los que sufren deterioro físico pero mantienen sus facultades intelectivas plenas o suficientes para comprender y tomar decisiones, siendo obligados o presionados a abandonar su domicilio para vivir en un centro geriátrico.

La Persona tiene un significado institucional es el centro y la razón de ser del Derecho, de ahí la Dignidad o deber general de respeto, como afirmó el Profesor Don Federico de Castro, desde el nacimiento hasta la muerte, sin solución continuidad independientemente de las circunstancias, y que ha de ser reforzado o cualificado en las situaciones de vulnerabilidad.

La omisión de las garantías y salvaguardas legalmente previstas constituyen una fehaciente infracción de los Derechos Fundamentales, en el supuesto que nos ocupa principalmente el de libertad del artículo 17 de la Constitución: *«toda persona tiene derecho a la libertad y a la seguridad. Nadie puede ser privado de su libertad sino con la observancia de lo establecido en este artículo, y en la forma y en los casos previstos en la ley»*.

La libertad tiene varios aspectos en lo que respecta a su contenido y ejercicio, desplazamiento, elección de domicilio, y autonomía de la voluntad o facultad de gestionar los asuntos propios.

Concretamente, el ingreso libre y voluntario en un centro residencial, está reconocido como Derecho Fundamental por instrumentos internacionales, incluida la Convención de las Naciones Unidas sobre los Derechos de las Personas con Discapacidad de 2006, leyes autonómicas de servicios sociales en su regulación de los derechos de los usuarios de centros residenciales, y la Ley 39/2006, de 14 de diciembre, de promoción de la autonomía personal y atención a las personas en situación de dependencia.

No hay lugar a dudas respecto al carácter preceptivo de la prestación de consentimiento informado, es decir, a que la persona mayor consienta expresa, libre y voluntariamente su ingreso en un centro geriátrico, habiendo sido informada previamente y en términos comprensibles de las condiciones, circunstancias y régimen de la entidad que, puede ser cerrado sin posibilidad de salidas, abierto con libertad de entrada y salida respetando un régimen de horario, semicerrado o semiabierto, con un número de días de vacaciones y pernoctaciones fuera.

Y por supuesto, del contenido del contrato que va a suscribir, en cuyas estipulaciones se acordarán los servicios que va a recibir y las cuantías que abonará por tal concepto, porque *«los contratos se perfeccionan por el mero consentimiento y desde entonces obligan, no solo al cumplimiento de lo expresamente pactado, sino también a todas las consecuencias que, según su naturaleza, sean conformes, a la buena fe, al uso y a la ley»*<sup>4</sup>.

Si las facultades cognitivas impiden la toma de decisiones, corresponderá al Juez autorizar el ingreso, previa justificación de la conveniencia y oportunidad como medida de apoyo en el procedimiento pertinente, mediante la práctica de los medios de prueba legalmente previstos, siendo esencial el dictamen pericial médico.

<sup>4</sup> Artículo 158 del Código Civil

No es válido el consentimiento tácito o presunto, el deducido de la actitud pasiva, la ausencia de oposición, y por supuesto, la opinión favorable de familiares, guardador de hecho o representante legal curador representativo.

O son habituales los ingresos decididos por un familiar con la única justificación de que la persona mayor no puede estar sola en su domicilio, la dirección del centro formaliza la admisión verificando una autentica irregularidad, que puede ser constitutiva de retención ilegal o privación de libertad arbitraria, además de un maltrato o abuso económico, si la remuneración pactada a favor de la entidad en el contrato de servicios suscrito es gravosa y compromete su patrimonio.



El ingreso de los mayores en una residencia tiene carácter asistencial, es un cuidado paliativo que se extenderá hasta el fallecimiento, no regulado legalmente. Ante el vacío legal, los Juzgados y Tribunales se vieron obligados a reinterpretar el procedimiento previsto en los artículos 762 y 763 de la Ley de Enjuiciamiento Civil de 7 de enero de 2000, para los internamientos involuntarios por trastorno psiquiátrico, tratamiento ambulatorio que tiene como objeto la curación del enfermo y su reintegración a la sociedad.

La Ley 8/2021 de 2 de junio, en aplicación de la Convención de la ONU sobre los Derechos de las Personas con Discapacidad de 13 de diciembre de 2006, establece *iuris et de iure*, presunción de derecho y por derecho, la plena capacidad de obrar para todos los mayores de edad sin excepción, suprimiendo el procedimiento de modificación de la capacidad de obrar, antes incapacitación, la prevalencia de las preferencias de la Persona Vulnerable y de las Previsiones Voluntarias, relegando las judiciales al

carácter de subsidiarias, con la intención de evitar la intervención del Juez o al menos reducirla a lo imprescindible.

La nueva redacción del artículo 762 de la Ley de Enjuiciamiento Civil remite a los artículos 63/1, 64 y 65 de la Ley 15/2015, de 2 de julio, de Jurisdicción Voluntaria, en lo que respecta a la tramitación procesal, siendo el fondo del asunto el artículo 287 del Código Civil, que establece como requisito la autorización judicial para los actos de trascendencia personal y patrimonial.

En la solicitud se justificará la pertinencia y oportunidad para el bienestar de la persona mayor de recibir atención profesional en un centro especializado, su estado de salud y la imposibilidad de prestar consentimiento informado, justificando las citadas circunstancias con el oportuno dictamen pericial médico.

Se indicará el centro elegido, describiendo su régimen de organización, condiciones, el contrato de prestación de servicios a suscribir, serán citados a comparecencia los familiares, y la persona mayor, valorándose las condiciones de su entorno y sus necesidades. El curador representativo o el guardador de hecho en su caso, son los legitimados activamente para interponer el procedimiento.

El Juez se pronunciará respecto a la estimación del ingreso o lo desestimaré si no lo considera pertinente, porque lo que se discute es la Dignidad de la una persona mayor vulnerable, no satisfacer los deseos de la familia, o el interés económico de una entidad.

La familia una vez considerada la conveniencia del ingreso en una residencia, debe tratar el tema abiertamente con la persona mayor, llegando a un acuerdo después de analizar las alternativas posibles, optando siempre por la más idónea

La medida preventiva más eficaz es el apoyo a los mayores, familias y cuidadores, la divulgación del Derecho Preventivo, porque la protección jurídica es un traje a medida que exige el análisis y valoración de cada supuesto, no se reduce exclusivamente a la dependencia como vulgarmente se presenta.

Los profesionales no deben con su opinión ningunear el Derecho, con el argumento de que el lenguaje jurídico es farragoso y no se entiende, razón de más para explicarlo en términos sencillos y comprensibles, para que aquellos ajenos a ese mundo sepan cómo organizarse en situaciones difíciles como la vulnerabilidad propia o de un familiar.

La consolidación y aceptación social de los ingresos irregulares en residencias y centros geriátricos, constituye una vía de incapacitación encubierta sin control vulnerando la Dignidad y los Derechos Fundamentales de las personas mayores, una forma de discriminación, de exclusión y de maltrato. ●

# ¡DALES CAÑA, MARCO TULIO!

(o «entre gochos anda el juego...»)

**ANTÓN PARRÉS DE SAN MARTÍN**

Catedrático (acerditado) de Derecho Porcesal

---

Desde hace cosa de un par de años, ha cobrado notable y muy lógica actualidad un pasaje de los discursos *Contra Verres* (o *Verrinas*) escritos ha más de dos milenios, en el año 70 a.C, por Marco Tulio Cicerón: muy lógica, porque parece describir con asombrosa precisión y prodigioso adelanto el sindiós en que se ha convertido la política española en el último lustro (aclaremos, por si acaso y con la ayuda del diccionario de la RAE, que este último vocablo significa «período de cinco años»); el pasaje, ojalá que no del todo profético al fin, reza de este modo:

Los pueblos que ya no tienen solución, que viven «ya a la desesperada, suelen tener estos epílogos letales: se rehabilita en todos sus derechos a los condenados, se libera a los presidiarios, se hace regresar a los exiliados, se invalidan las sentencias judiciales. Cuando esto sucede, no hay nadie que no comprenda que eso es el colapso total de tal Estado; donde esto acontece, nadie hay que confíe en esperanza alguna de salvación.

Tales tremendas palabras se las sugieren a Cicerón los innumerables desmanes cometidos durante un trienio en la riquísima isla de Sicilia por el gobernador Gayo Verres, uno de los políticos más corruptos de todos los tiempos y lugares (y ya es decir...). El historiador británico Tom Holland, en su muy recomendable *Rubicón. Auge y caída de la República romana* y a propósito de una de las muchas actividades ilícitas de aquel mandatario sin escrúpulos, escribió que sus métodos eran típicos de un gángster y que tenía el talento típico de un mafioso para hacer ofertas que nadie podía rechazar, así como que en el proceso judicial que se abrió contra él y en el que Cicerón ejerció como acusador, lo que se dirimió fue «un caso preñado de escándalo y de lascivia».

A propósito de eso último, el gran orador romano afirma en sus discursos que Verres, durante la primavera, cuando recorría la provincia a él encomendada para impartir justicia en nombre de Roma, dirimía los pleitos en una especie de vistas exprés en las que dictaba las sentencias *pretio non aequitate* («según lo que le pagara cada una de las partes litigantes y no según lo justo»). Acto seguido, decretaba la celebración de un banquete con, digamos, «final feliz» (léase una bacanal de alcohol y sexo) para el que tenía ordenado se le tuviera preparada *ad libidinem* («la satisfacción de sus deseos sexuales») alguna dama de la alta aristocracia local.

Cuenta también Marco Tulio que, llegado el verano, el egregio gobernador mandaba que le montaran una especie de jaima *chill-out*, con tenues y delicadas telas de lino que filtraban la brisa marina, en el punto más bello de la costa en que se ubica la por entonces capital de Sicilia, Siracusa; que se retiraba allí durante todo el período estival; y que no permitía el acceso sino a quien se prestara a ser *aut socius aut minister libidinis* («o compañero en el placer sexual o suministrador de este»). Como bien se comprueba, un auténtico guarro.

Seguramente, para la inmensa mayoría de los romanos de entonces, Gayo Verres sería



la demostración más irrefutable de una idea que en su idioma expresaban con la máxima *nomen ornen* («el nombre es un presagio»), según la cual la palabra con la que se nos nombra desde que nacemos (o con la que nos apellidamos) da claras pistas acerca de nuestro modo de ser, de nuestras costumbres o incluso de nuestro destino. En latín existe el verbo *verro, verrere* que significa y da en castellano «barrer»; y bien barrida había dejado aquel corrupto político la ahora muy triste isla de Sicilia. Pero lo más gordo es que su propio nombre, *Verres*, significa lo mismo que significa en nuestro idioma una palabra de esa misma raíz y que no es otra que «verraco»: o sea, el «cerdo padre» (según, de nuevo, el diccionario de la RAE), un gorrino bien cebado que se emplea como semental para cubrir marranas una tras otra. El excatedrático de la Autónoma de Madrid D. Benjamín García-Hernández, uno de los mejores latinistas vivos a nivel mundial, en su extraordinaria monografía *De iure Verrino: el derecho, el aderezo y el augurio de los nombres* (Madrid, 2007), explica cómo el genial Cicerón sacó mucho y sutil partido al hecho de que en latín la palabra *ius* puede significar tanto «derecho» o «justicia en general» como «salsa», «jugo»: eso supone que la expresión *ius Verrinum* tiene al mismo tiempo el sentido de «la (manera de impartir) justicia de Verres» o «la interpretación del derecho según Verres» y el de «jugo o salsa de puerco», un succulento «jus de porc», que diría un chef franchute con estrella Michelin.

A todo ello (y a muchas más cosas que nos enseña el muy jugoso —nunca mejor dicho— libro del profesor García) se suma el hecho de que el más íntimo compinche de Verres en sus corruptelas y trapacerías sicilianas llevaba por nombre Apronius, un nombre no menos «parlante» que el de aquel, pues procede de *aper, apri*, que es como los romanos llamaban al «cochino de monte», nuestro «jabalí» (y aconsejo aquí buscar información sobre aquellos diputados de la Segunda República española conocidos como «jabalíes» y sobre sus tendencias políticas). Explica, así mismo, el citado libro cómo Cicerón se recreaba en la suerte cuando se detenía a recalcar que Verres tenía en Apronio, el jabalí, un colaborador *sui simillimus*, expresión igualmente ambigua que puede significar tanto «muy semejante a sí mismo» como «muy parecido a un gorrino», jugando con la homonimia entre el pronombre-adjetivo *suus, sua, suum* y el sustantivo *sus, suis*, que en latín paladino designa precisamente a ese animal del que obtenemos exquisitos chorizos...

Pues bien, todo lo anterior (y especialmente la última palabra del párrafo antecedente) viene a cuento de que un servidor ha reparado en el hecho de que el gruñidor muñidor de todos los chanchullos del sr. Pedro Chánchez (perdón, Sánchez; aunque recomiendo al cortés lector que vaya de nuevo al diccionario de la RAE y busque las entradas «chancho» y «sancho», que son, por cierto, la misma palabra. Y lo siento, de verdad, por todos aquellos que porten el digno apellido de tan indigno presidente...); que el muñidor de todos los chanchullos de Sánchez, decía, y también de los de (J)ábalos y de los de Pigdemont se apellida... CERDÁN; y hete aquí que también su nombre de pila, Santos, es muy cercano pariente de chancho, sancho y de sánchez. En manos de esta egregia piara están hoy democráticamente depositados, por gran desgracia, los destinos de esta tan sufrida nación que va camino del «colapso total», como predijo Cicerón escribiendo contra los Verres de su época, siete años antes de que él mismo se viera enfrentado a un golpe de Estado, el de Lucio Sergio Catilina, que él mismo hubo de desactivar, con una mezcla de astucia, entereza y no poca buena fortuna.

Qué cosas tienen nuestras lenguas, el latín y el castellano ¿verdad? Pues esto era todo: *nomen ornen*. Vale. ●

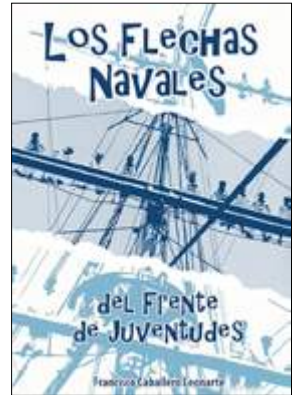
# RESEÑA DE LIBROS

## LOS FLECHAS NAVALES DEL FRENTE DE JUVENTUDES

**Francisco Caballero Leonarte**

Astigi (Sevilla). 2024, 281 pag.

Parece que estamos abocados a vivir solo del presente, sin reminiscencia ni recuerdo alguno del ayer, porque está decretado que «hay un pasado que nunca pasó», salvo que los datos coincidan con una «historia oficial». Sin embargo, esta es una de las grandes mentiras de nuestros días. Y hay trabajos serios de investigación que así lo demuestran; tal es el caso de la obra que nos ocupa: *Los flechas navales del Frente de Juventudes*, producto de un largo y paciente trabajo, de casi veinte años, de Francisco Caballero Leonarte.



Evidentemente, aunque se silencie, existió la gran obra educativa del Frente de Juventudes, que exige, por su dimensión y méritos propios, que vayan poniéndose en estampa libros como este. El concienzudo esfuerzo de Caballero parte

de los antecedentes históricos de instituciones que acogieron niños y jóvenes con vocación marinera, tanto españoles como extranjeros; ya en el caso concreto que nos ocupa. Se estudian en las páginas de este trabajo las primeras experiencias en el seno de la O.J. (Organización Juvenil) de la Falange, concretamente en Mallorca, y, a partir de esta, tras el Decreto de Unificación, la Ley fundacional del Frente de Juventudes y el apoyo de la Armada española, la constitución de escuelas de Flechas Navales por toda la geografía nacional, encuadradas en una Sección que pervivió, bajo diversas formas actualizadas, hasta la desaparición de la Delegación Nacional de la Juventud, en 1977.

Este libro abarca toda esta historia, con sus estructuras organizativas, sus normativas y reglamentos y sus objetivos educativos; hasta veintiocho escuelas de Flechas Navales pasan hasta nosotros, muchas de ellas con abundante y casi exhaustiva documentación, y otras, por ausencia de esta, con sencillas referencias, que dan fe de su existencia.

También los apéndices son generosos en información: himnos y canciones de Flechas Navales, poemas y referencias en el cine y en la televisión. El lector encontrará, en esta apasionante revista de la historia de nuestra pedagogía referente al mar y a sus gentes, suficiente materia para reflexionar sobre lo que representó el Frente de Juventudes y su Sección Naval.

Abundantes trabajos universitarios y libros ya habían profundizado sobre esta parte de nuestra historia, pero faltaba esta referencia concreta a una faceta casi desconocida del Frente de Juventudes. Hay que agradecer al autor, Francisco Caballero, esta importante aportación, trabajada con rigor de investigador y, por supuesto, con apasionamiento, que, en ningún momento, es óbice para ese rigor y veracidad.

**Manuel Parra Celaya**



